

Antoni Gutiérrez-Rubí

Geociti*zens*

Nuevas cartografías urbanas

Prólogo de José María Lassalle



Antoni Gutiérrez-Rubí

Geociti *zens*

Nuevas cartografías urbanas

Prólogo de José María Lassalle

© Antoni Gutiérrez-Rubí
ISBN: 978-84-09-06254-6
Depósito legal: B 26.632-2018
Impreso en España

Índice

Prólogo

Geociudadanía urbana (José María Lassalle)	7
--	---

Introducción

El lugar importa: ciudad y democracia	11
---	----

Nuevas coordenadas

Geografías y geometrías	22
Mapas del poder	22
Tecnopolítica y nuevos territorios de la acción política	25

Retos globales, soluciones locales

Los retos futuros de la ciudad global	29
Una ciudad global a escala humana	33
Ciudades unidas, la esperanza del siglo XXI	36
Las ‘mobile cities’ y el futuro de los Objetivos de Desarrollo Sostenible	40
Los ODS y el nuevo rumbo de las ciudades	44

Ciudadanía inteligente y nuevos derechos humanos . . .	48
Ciudades (SOS)tenibles	52
Ahogados en residuos	57
Ciudades que caminan	62

Imaginando la ciudad democrática

Ciudades para la vida: los límites del poder	67
Imaginando la ciudad democrática.	71
La resistencia de las ciudades	75
Repensando los espacios urbanos.	79
El peligro de las ciudades demasiado inteligentes y poco humanas	83
Ciudades inteligentes: mapas, datos y Smart Citizens . .	87
Tecnología cívica para los desafíos urbanos	92
Seattle y la ‘bomba de prosperidad’ de Amazon (Edgar Rovira)	96

Epílogo

Un relato para la nueva realidad urbana	101
---	-----

Prólogo

Geociudadanía urbana

José María Lasalle

El diseño estratégico de la gestión del espacio y de la convivencia en las ciudades es uno de los retos más importantes que tiene por delante la humanidad. De él depende casi todo lo demás. Hasta el punto de que, parafraseando a Henri Lefebvre, podemos afirmar que la salvación de la humanidad está en manos de que sepamos, por fin, enunciar adecuadamente el derecho de los seres humanos a la ciudad. La tecnología puede ayudarnos a ello. Pero hay que acertar a hacerlo en medio de la complejidad de un planeta que se urbaniza exponencialmente, al tiempo que la ciudad —tanto como concepto, como relato de sí misma—, experimenta transformaciones radicales que desbordan su interpretabilidad y exigen respuestas de gobernanza adaptadas a esos cambios.

La geografía de la ciudad en el siglo XXI se hace cada vez más líquida, más próxima, más provisional y más instantánea. Es la membrana en la que se perciben las tensiones posmodernas que nos sacuden y que nos recuerdan que todo lo que creíamos sólido hace ya tiempo que se desvaneció en el aire. Habitamos un tiempo donde todo está sistémicamente en crisis. Y es dentro de este contexto donde la urgencia de un derecho a la ciudad se hace más palpable y necesario que nunca. Un derecho colectivo e individual que puede activar un nuevo vector de narratividad cívica. Una ciudadanía más «geolocalizada» en lo humanamente concreto pero con un angular más ambicioso de proyectos que aumenten la realidad urbana sin desenfocarla. En fin, una ciudadanía pegada a la piel de la tecnología pero sin agotarse en ella. Se entrevén en el horizonte, por tanto, nuevas políticas públicas que impulsen una estrategia de digitalización urbana que desarrolle las conclusiones surgidas de la experiencia *smart* protagonizada por numerosas ciudades de todo el mundo.

Antoni Gutiérrez-Rubí nos ofrece un sondeo de las posibilidades de este vector. Lo hace con finura optimista pero sin eludir las aristas que podemos encontrarnos por el camino. De hecho, el texto confía en la extraordinaria oportunidad de cambio que tenemos delante y, al mismo

tiempo, no duda en dibujar los riesgos a los que nos exponemos asomándonos a ella. Riesgos que para el autor deben estimular nuestra capacidad para responsabilizarnos de nuestro futuro y promover ciudades más abiertas y dinámicas en un mundo más incierto e inseguro.

Nos asomamos, como afirma François Ascher, a la tercera revolución urbana y a ciudades que cambian de escala y forma, que se recomponen socialmente, que gestionan riesgos poliédricos y que redefinen las relaciones entre intereses individuales, colectivos y generales. Ciudades que se exponen a un «neourbanismo» del siglo XXI que se gobierna desde un sistema de dispositivos en los que el tsunami de los datos puede favorecer un impacto disruptivo de cambio si se pone al servicio de políticas públicas que alineen, como apunta Gutiérrez-Rubí, los nuevos horizontes tecnológicos con los de la sostenibilidad futura a escala local y global. Algo que, precisamente, está más o menos explicitado en el planteamiento narrativo de los Objetivos de Desarrollo Sostenible proclamados por Naciones Unidas y que nuestro autor introduce como un eje temático de la nueva Agenda Urbana que necesariamente debe presidir la estrategia de una ciudad viable cívicamente en nuestro siglo.

El mapeo de la complejidad de la ciudad que nos ofrece Gutiérrez-Rubí es positivamente crítico ya que no agobia sino que estimula al lector. Su título esclarece el propósito: *GeocitiZens. Nuevas cartografías urbanas*. Un título que es un cuaderno de bitácora al servicio de un ensayo que reflexiona sobre cómo hacer de la ciudad un *hub* de oportunidades algorítmicas donde los datos no ahogan a los ciudadanos sino que les impulsan a desarrollar trayectorias más personales y democráticas gracias a su procesamiento mediante dispositivos digitales pensados a escala humana. Dispositivos de gobernanza pública que contribuyan a que los ciudadanos se reapropien políticamente de sus ciudades y las habiten como espacios de reencuentro humano con ellas. Y es que la ciudad del siglo XXI volverá a ser un espacio de libertad para el hombre, o no será.

Introducción

El lugar importa: ciudad y democracia

La ciudad como escenario en el que emergen los retos globales y como herramienta para la mejora de la democracia. Este libro pretende ser una propuesta para el debate que trata de apuntar aspectos clave de la nueva agenda urbana, poniendo el foco en la capacidad de profundización e innovación democrática de las metrópolis.

Los retos que deberemos afrontar en un futuro próximo se van dibujando poco a poco ante nosotros. La transformación digital de la economía¹, la disrupción tecnológica y las tensiones que genera en el mercado laboral², unos niveles de desigualdad social cada vez más pronunciados³ o la

¹ <https://bit.ly/2unopWv>

² <https://bit.ly/2zpV2G8>

³ <https://bit.ly/2x4B308>

gestión del colapso medioambiental⁴ son algunos de ellos. Problemáticas globales que se materializan de forma especialmente virulenta en las ciudades y que solo podremos abordar desde una perspectiva urbana.

Y es también en las ciudades donde estamos presenciando uno de los fenómenos que más están definiendo la actualidad: el agotamiento de los sistemas democráticos. La consecuencia de este cóctel es el denominado «momento populista» que hoy vemos materializado en distintos puntos del planeta. El sistema está en crisis y no es capaz de encontrar respuestas desde los mecanismos clásicos del Estado nación. ¿Podrá hacerlo en otros entornos geográficos?

Son muchos los vínculos que se han dibujado entre las ciudades y su capacidad de innovación política. Las urbes como lugar de encuentro y choque, como espacio que avanza los grandes conflictos políticos que vendrán —también sus soluciones— o incluso como entorno que reproduce, a menor escala, los problemas globales. Entre todos estos vínculos hay uno que considero especialmente interesante: la relación entre el lugar y la práctica democrática. Cómo la toma de decisiones está condicionada por el ámbito geográfico y demográfico al que afectarán estas decisiones.

⁴ <https://bit.ly/2Cpl0tX>

En este sentido, quiero rescatar un ejemplo que me parece muy sugerente. Como es sabido, uno de los elementos diferenciales de la política norteamericana es la rendición de cuentas. La obligatoriedad de los políticos de dar explicaciones es una constante en la vida pública estadounidense. Una tradición que encuentra parte de sus orígenes⁵ en la práctica de los *town halls*, encuentros de pequeño formato entre los representantes públicos y sus representados, que nacieron en las primeras ciudades coloniales de Nueva Inglaterra.

Es llamativo cómo distintos pensadores han vinculado la aparición de estos sistemas de democracia participativa con el hecho de que emergieran precisamente en estas ciudades. Así, Thomas Jefferson afirmaba en una carta en 1816⁶ que «los municipios en Nueva Inglaterra son el principio vital de sus gobiernos, han demostrado ser la invención más sabia jamás concebida para el ejercicio del gobierno propio y para su preservación.»

Por su parte, el historiador y cronista Alexis de Tocqueville, consideraba que estas ciudades eran un espacio tan importante para la experimentación democrática que de-

⁵ <https://bit.ly/2y0nxZn>

⁶ <https://bit.ly/2zQFCuf>

dicó un capítulo de su tratado *La democracia en América*⁷ a explicar su significado. En él, Tocqueville afirmaba que estos gobiernos locales «producen mejores resultados en Nueva Inglaterra que en cualquier otra parte», destacando que ello fue posible porque renunciaron a la extensión geográfica a cambio de potenciar su comunidad. De hecho, el vínculo del municipio con su práctica política era tal que el pensador francés aseguraba que «la ciudad era una especie de individuo superorgánico que representaba los intereses y afectos de sus ciudadanos». En sus propias palabras, «crearon una esfera limitada dentro de la cual la acción política era ilimitada».

Por último, el historiador Herbert Baxter Adams, de la John Hopkins University, siguiendo la estela de Tocqueville y Jefferson, aseguraba⁸ que el hecho diferencial de estos municipios era que habían conseguido fusionar una realidad geográfica con un cuerpo político.

El ejemplo, a pesar de centrarse en un caso muy concreto, es revelador por lo que tiene de actual y de extrapolable. Lo local como origen de la innovación social y política. Una práctica generada en un entorno urbano concreto, las primeras comunidades de Nueva Inglaterra, se convirtió

⁷ <https://bit.ly/2ODsf93>

⁸ <https://bit.ly/2O1r5Vk>

en uno de los elementos definitorios de la cultura política que ha liderado el relato global en las últimas décadas.

Como apuntaba, existe una tendencia a posicionar las ciudades en el centro de las grandes transformaciones que ya están condicionando la agenda internacional. Parece evidente que su capacidad de profundización democrática debe ser la punta de lanza de este protagonismo. La ciudad representa la forma geográfica más adecuada para la práctica de la democracia.

Sin embargo, esta constatación nos obliga a replantear el alcance de la acción urbana. Sabemos que la toma de decisiones es más ágil y más participada en la ciudad. Pero eso sirve de poco si no existe margen de actuación. Las declaraciones de intenciones son un ejercicio habitual de unos gobiernos locales que se ven sin capacidad de ejecución.

Las ciudades son los nuevos países⁹, pero únicamente en términos de reputación. Estos límites del localismo, que choca con estructuras institucionales superiores, serán el escenario de muchas de las batallas políticas que están por venir. Hemos visto algunos ejemplos recientes y es de esperar que esto sea solo el inicio de una tendencia. Si la ciudad

⁹ <https://bit.ly/2O5Ew6L>

es el fortín que defiende unos valores frente a la crisis cultural y de legitimidad de los Estados, entonces es previsible que los choques entre ambos actores vayan a más.

Una de las tesis más defendidas en esta recopilación de textos es que la concepción de la ciudad será cada vez más importante en el imaginario ciudadano. Una afirmación que, aparentemente, es compartida pero que pocas veces explicitamos. Y es que tendemos a pensar las metrópolis en términos de protagonismo económico o tecnológico, pero pasamos por alto su reposicionamiento simbólico. La ciudad como actor político relevante para el votante desencantado con el rumbo de su país.

En Londres, por ejemplo, sus habitantes son mayoritariamente contrarios al Brexit, hasta el punto de que su alcalde, Sadiq Kahn, es de los pocos políticos de renombre en el Reino Unido que se ha atrevido a pedir que se celebre un nuevo referéndum. Y en Estados Unidos, las grandes ciudades, especialmente en las dos costas, se han posicionado como la principal oposición política a Donald Trump, a través de la voz y las acciones de sus alcaldes. Lo mismo estamos viendo en ciudades italianas desde que el Gobierno de Di Maio y Salvini empezó a aplicar sus nuevas políticas con respecto a la inmigración.

El cambio de mentalidad es incipiente pero la tendencia parece cada vez más evidente. Mientras perdían la confianza en el sistema institucional, los ciudadanos han optado por dos vías: premiar opciones de corte populista para sus gobiernos estatales o refugiarse en gobiernos locales con un programa político que se parece más a su forma de ver el mundo. Lo segundo responde a un repliegue pero también a una opción lógica; la ciudad puede ser el escenario idóneo para representar ideas de progreso y, sobre todo, para poner en funcionamiento nuevas prácticas democráticas. Es el ámbito de toma de decisiones que mejor puede responder a las demandas de esta ciudadanía desencantada pero exigente. En un mundo hiperconectado los límites territoriales de lo urbano todavía son relevantes. El lugar importa.

1 Nuevas coordenadas

Geografías y geometrías

Todo empieza en el mapa¹⁰. En el mental y en el cartográfico. En la cabeza y en el papel. La representación es una manera de comprender y poseer. Un recurso útil para el poder, pero no siempre útil cuando hay que innovar. Otra vez la pereza. Lo explica bien el geógrafo Jacques Lévy: «No equivocarse de presente: los investigadores, como todo el mundo, tenemos tendencia a ser perezosos y a analizar el presente a través de modelos explicativos que funcionaron más o menos bien en el pasado pero que ya no nos convienen». Este es uno de los riesgos más graves de la política convencional. Ver el mundo —y sus cambios— con las viejas ideas subsidiarias de una manera de entender la geografía y la geometría de los conceptos.

¹⁰ <https://bit.ly/2yXcVtW>

Nuestros saberes están fijados en imágenes (visualizaciones) que nos condicionan y predeterminan nuestra visión del mundo y nuestras decisiones. Desaprender es también liberarnos de las imágenes preestablecidas que nos impiden adquirir nuevas visiones y adentrarnos en nuevas geografías y geometrías. «Un mapa puede representar las estructuras físicas de las que una ciudad se compone en un momento dado, pero no la ciudad en sí misma, que continúa siendo ignota (...) La representación gráfica es una abstracción que simplifica las experiencias, que son incomparablemente más multicolores»¹¹.

Para ello hemos de procurar:

Trascender la visión superficial fijada por la posición de las ideas, las cosas, las personas, para captar el fondo constituido por las relaciones que se establecen entre ellas: posición vs relaciones... nodos vs flujos. «Ver el mundo como si este consistiera en cosas estables es una forma de alucinación», afirma John Gray. Trascender la escala fija e inmóvil de la realidad para explorarla con diversos focos y puntos de vista, aplicando el zoom que nos abra a la diversidad que va de lo micro a lo macro: escala vs foco.

¹¹ (p. 141: John Gray, *El silencio de los animales. Sobre el progreso y otros mitos modernos*. Sexto Piso. Madrid, 2013)

Trascender la morfología estática y monotemática de la realidad, propia del topógrafo¹², para introducir la complejidad plástica de las distintas formas que puede adquirir la realidad: morfología vs plasticidad.

Trascender las coordenadas fijas con las que acotamos la realidad para poder captar la inmensidad de los datos masivos que las nuevas tecnologías nos ponen a disposición... De una imagen plana a una imagen en 3D: coordenadas vs datos.

«Los datos masivos están a punto de remodelar nuestro modo de vivir, trabajar y pensar. El cambio al que nos enfrentamos es, en ciertos sentidos, incluso mayor que el derivado de otras innovaciones que hicieron época, y que ampliaron acusadamente el alcance y la información en la sociedad. El suelo que pisamos se está moviendo. Las certezas anteriores se ven cuestionadas. Los datos masivos exigen una nueva discusión acerca de la naturaleza de la toma de decisiones, el destino, la justicia. Una visión del mundo que creíamos hecha de causas se enfrenta ahora a la primacía de las correlaciones. La posesión de conocimiento que en otro tiempo significó comprender el pasado está llegando a ser una capacidad de predecir el futuro»¹³.

¹² Simon GARFIELD. En el mapa. De cómo el mundo adquirió su aspecto. Taurus. Madrid, 2013

¹³ Viktor MAYER-SCHÖNBERGER y Kenneth CUKIER. Big Data. La revolución de los datos masivos. Turner. Madrid, 2013)

«En última instancia, los datos masivos señalan el momento en que la ‘sociedad de la información’ por fin cumple la promesa implícita de su nombre. Los datos son el eje de todo. Todos esos fragmentos digitales que hemos reunido pueden explotarse ahora de modos novedosos para servir a nuevos propósitos y liberar nuevas formas de valor. Pero esto requiere una forma de pensar nueva, y supondrá un desafío para nuestras instituciones e incluso para nuestro sentido de la identidad. La única certeza radica en que la cantidad de datos seguirá creciendo, igual que la capacidad para procesarlos todos. Pero mientras que la mayoría de la gente ha considerado los datos masivos como un asunto tecnológico... nosotros creemos que hay que fijarse más bien en lo que ocurre cuando los datos hablan».

«Los datos masivos son un recurso y una herramienta. Sirven para informar antes que para explicar; nos indican el camino para comprender, pero aun así pueden inducirnos al error, dependiendo de lo bien o de lo mal que se manejen. Y, por deslumbrante que nos parezca el poder de los datos masivos, nunca debemos permitir que su brillo seductor nos ciegue a sus imperfecciones inherentes».

En definitiva, olvidarnos de la posición, la escala, la morfología y las coordenadas para centrarnos en las relaciones, el foco, la plasticidad y los datos...

¿De lo sólido a lo líquido?

¿De lo permanente a lo fugaz?

¿De lo duradero a lo efímero?

«El mundo cambia combinando siempre lo estático con lo efímero...»

(p.426 de James GLEICK. *La información. Crítica.* Barcelona, 2012)

¿De la lentitud a la rapidez?

¿De la contemplación a la acción?

¿De lo plano a lo multidimensional?

¿De lo simple a lo complejo?

¿De lo estático a lo dinámico?

¿De lo antropocéntrico a lo geocéntrico?

...

Mapas del poder

La geografía del poder, es decir las relaciones y vínculos entre personas, organizaciones (públicas y privadas), instituciones e intereses, es un poderoso elemento de análisis para comprender lo que no es evidente, pero sí condicionante. Estos datos, cuando son cartografiados con varias capas de densidad informativa, cambian nuestra percepción y conocimiento del entorno social, porque nos cambian el diámetro, el foco y la intensidad de la mirada.

Cambiar la mirada para obtener una nueva visión¹⁴ es la base para encontrar nuevas conclusiones. Nuevas causalidades. Porque como decía Aristóteles, pensamos lo que vemos. O como lo confirma la neuropolítica, nuestro cerebro es, fundamentalmente, visual.

En España, algunas organizaciones sin ánimo de lucro están elaborando minuciosos (y reveladores) mapas de relaciones. La Fundación Civio¹⁵ y su proyecto *Quién Manda*¹⁶ es una referencia indiscutible y ejemplar. Y no están solos, aunque no es fácil mantener el enorme esfuerzo humano y profesional que supone este tipo de mapas. La realización de estas cartografías y geografías del poder se desarrolla con investigación periodística, con colaboración ciudadana (denuncias y *whistleblowers* cívicos) y con tecnología aplicada a los datos públicos que no están —aparentemente— relacionados. Los rastros digitales, su interpretación y relación, son una poderosa minería de información para la construcción de estos mapas de poder.

Estoy convencido de que las batallas políticas del futuro inmediato se librarán, también, entre proyectos políticos capaces de utilizar estos mapas y, a la vez, tener auténticos

¹⁴ <https://bit.ly/2ApvFob>

¹⁵ <http://www.civio.es>

¹⁶ <http://quienmanda.es>

laboratorios que les permitan pasar del *big data* al *data thinking*, con una cuidada y eficaz política de visualizaciones para la comunicación en los ecosistemas digitales. Pensar con datos, pensar con imágenes, pensar con mapas. Hacer política con todo ello.

En este escenario, los mapas interactivos que permiten combinar un gran volumen de datos y visualizaciones *a la carta* de los usuarios en múltiples pantallas y dispositivos son una herramienta decisiva. En las últimas elecciones generales y catalanas hemos visto, también, cómo algunos medios han innovado con mapas interactivos en la presentación de datos estadísticos, electorales o periodísticos. ArcGIS¹⁷, QGIS¹⁸, MapBox¹⁹ estas son 3 herramientas con las que, sencilla y gratuitamente (al menos en un principio), se pueden convertir bases de datos en mapas interactivos. También existe Gather²⁰, una plataforma que permite crear apps con mapas interactivos.

La utilización de mapas colaborativos para la acción política es otra dimensión del enorme potencial de estos mapas interactivos. mapea.cc es una herramienta de la Pla-

¹⁷ <http://www.arcgis.com/features/index.html>

¹⁸ <http://www.qgis.org/es/site>

¹⁹ <https://www.mapbox.com>

²⁰ <http://gathergroup.net>

taforma en Defensa de la Libertad de Información (PDLI) desarrollada por Outliers Collective²¹ que sirve para mapear dos tipos de incidencias: denuncias de cualquier «ataque» a la libertad de información y cualquier tipo de acción de protesta en el ejercicio del derecho a la libertad de expresión. No todas estas iniciativas consiguen el caudal de información y participación sostenida para que se conviertan en más útiles todavía. Pero estamos al inicio de una nueva era: las cartografías sociales y tecnopolíticas²² serán los mapas del futuro sobre los que representaremos las nuevas geografías de nuestro mundo.

Cuando los ríos son también flujos; las montañas, nodos; los caminos, enlaces; los océanos, la red; y los datos y sus relaciones, las nuevas ciudades.

Publicado en el blog 'Micropolítica' de El País, 6 de enero de 2016

Tecnopolítica y nuevos territorios de la acción política

La tecnopolítica consiste en un conjunto de prácticas asociadas a una forma de entender la comunicación política y las prácticas políticas. Supone poner en el centro de la acción política al individuo y sus comunidades, algo bas-

²¹ <http://outliers.es>

²² <https://bit.ly/1Egnl5s>

tante distinto de la idea de acción política que representa un conflicto de clases.

Se están descubriendo nuevos territorios y geografías de lo social, porque al comunicar con personas y sus intereses se ha evidenciado que eso es más relevante para la acción política que las condiciones económicas, educativas o sociolaborales. El desplazamiento de la condición al interés es un cambio esencial en la concepción política.

Nos encontramos en una fase de construcción cultural de prácticas políticas, de una forma de hacer política que ha tenido ya algunos éxitos, en procesos electorales y de participación. Esta capacidad de transformación de las formas y el fondo es enorme. Y lo es en parte porque lo llevan a cabo activistas que no se quedan en el paper de *supporters*, no juegan un papel secundario de seguidores o repetidores.

La tecnopolítica nos ha liberado de pedir permiso. Genera unas dinámicas de emancipación, de creación e innovación muy interesantes relativas a nuestra vinculación a lo político, que son más activas, más protagonistas y más fuertes emocionalmente. No es lo mismo cumplir una orden que crear un movimiento o una dinámica.

Las coordenadas están cambiando. Un ejemplo: la demoscopia tradicional mide opiniones, pero hay una nueva demoscopia que mide búsquedas, intereses, consumos. Un mundo mucho más rico en términos de análisis de tendencias, de medición de las cosas, más completo, complejo y diverso.

Pero hay más cambios. Como apunta Moisés Naím, los poderes tradicionales basados en tamaño y posición pierden frente a los nuevos poderes basados en la relación y el contenido. Es la primera vez que agrupamos a la gente en base a nuevos patrones como los criterios de búsqueda en Google. Una ordenación basada en relaciones y contenidos que termina por ser un ejemplo de cómo lo nuevo compite contra lo viejo. Hoy, un pequeño rápido le puede ganar a un grande lento, un pequeño conectado le puede ganar a un grande aislado.

Es evidente que los instrumentos de acción política desde los Estados nación se han revelado insuficientes para los retos a los que nos enfrentamos, como el cambio climático o la inmigración. Ha sido un error histórico y político de alta magnitud pensar que sí podían hacerlo. Estamos asistiendo a la emergencia del poder relacional, de la transversalidad, de la participación. Se está construyendo un

ecosistema que tiene prácticas culturales y de comportamiento muy distintas del viejo. Quien entienda bien esto tiene posibilidades de negocio, si es una empresa, de audiencia, si es un medio de comunicación, y de legitimación si es una organización política.

Hay una oportunidad política para la armonía global y las oportunidades locales. Cuando la gente decide ser el cambio que quiere que se dé en el mundo, en palabras de Gandhi, esto es sumamente importante. Mediante aplicaciones, dispongo de herramientas que me ayudan a ser más consciente de mi realidad, de mis actos y de sus consecuencias y, a su vez, me permiten tomar decisiones, haciendo aflorar mi responsabilidad. Este cambio de comportamiento, y la tecnología que lo facilita, nos ofrece soluciones cotidianas y transforma la política en algo también cotidiano. Mi manera de vivir se convierte en la herramienta central, que al mismo tiempo me permite asumir mis responsabilidades y crear comunidades.

Publicado en Open Democracy con Oleguer Sarsanedas, subdirector de Democracia Abierta, 20 de junio de 2016

2 Retos globales, soluciones locales

Los retos futuros de la ciudad global

La consultora Oxford Economics publicaba recientemente el informe *Ciudades Globales 2030*²³, en el que se proyecta cómo serán el mundo y sus ciudades en 15 años. Se trata de un estudio comparativo de las 750 principales ciudades del mundo que, en su conjunto, suman hoy el 57% del PIB mundial (el equivalente a 8 millones de millones de dólares) y que para el año 2030 superarán el 61%. El mundo se urbaniza. Tanto es así que más de la mitad de la población mundial ya vive en un 2% del territorio del planeta. Según Richard Holt, director de Investigaciones de Oxford Economics, este hecho aumenta las posibilidades

²³ <http://www.oxfordeconomics.com/cities/report>

de progreso, pues «las grandes urbes son el motor del crecimiento económico, la innovación, la industria y los servicios, la demanda y la producción». De progreso y de retos.

El informe señala que nos encontramos ante la reestructuración de la balanza urbana global, la cual se materializa en dos grandes fenómenos geopolíticos. En primer lugar, el desplazamiento del motor económico de Occidente a Oriente, con el protagonismo indiscutible de China, que aporta tres ciudades al *top five* de ciudades que más crecerán en los próximos años (Nueva York, Shanghái, Tianjin, Pekín y Los Ángeles) y tendrá un total de 17 entre las 50 más ricas para 2030. Las ciudades chinas superarán con creces a sus pares europeas y norteamericanas. El PIB agregado de las 150 ciudades chinas más grandes pronto superará al de las 139 mayores ciudades europeas y al de las 58 más grandes de Norteamérica; e incluso desconocidas como Chengdu, Hangzhou y Wuhan igualarán, por ejemplo, a las poderosas Seúl o Dallas. El meteórico avance de las ciudades chinas no es fruto del azar, sino que se debe a una inversión que ha sido sostenida a lo largo de los años (80 % del gasto público local y el 40 % del gasto de los impuestos) y que forma parte de un plan nacional de urbanización²⁴.

²⁴ <https://bbc.in/2CyxfWd>

El segundo gran fenómeno es el potencial de crecimiento de las ciudades emergentes. Estas podrán crecer con más agilidad que las desarrolladas, que lo harán más lentamente por encontrarse cerca de la frontera tecnológica, tener una población urbana estable y menos oportunidades de creación de puestos de trabajo. Las emergentes, eso sí, afrontan diferentes desafíos urbanos —la mayoría relacionados con las infraestructuras de agua, vivienda, salud, educación y transporte— que, con frecuencia, sobrepasan a las autoridades gubernamentales. A esos desafíos hay que añadir otros que afectan a la seguridad personal y colectiva. En el caso concreto latinoamericano, las ciudades deberán superar la concentración política, económica y administrativa que suponen las ciudades capitales en comparación al resto del territorio. En este sentido, las urbes latinoamericanas que más crecerán en los próximos años son, según el informe, São Paulo (la única en el *top* 50), Lima, Monterrey, Bogotá, Ciudad de México, Santiago y Buenos Aires.

Las ciudades crecen, en tamaño y cantidad, y necesitan ser repensadas, rediseñadas, reimaginadas²⁵. Los diferentes desafíos de la sociabilidad urbana y el papel que las distintas ciudades asumirán en el orden geopolítico mundial formarán parte de las grandes agendas políticas, pero la

²⁵ <https://bit.ly/2CBWAhR>

decisión de qué ciudades queremos y su gestión cotidiana será tarea de los ciudadanos y de los políticos locales. «Lograr que las ciudades y los asentamientos humanos sean inclusivos, seguros, resilientes y sostenibles» es uno de los Objetivos de Desarrollo Sostenible y será algo que buscarán los políticos, urbanistas y académicos que se reunirán en Quito para la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Vivienda y Desarrollo Urbano Sostenible Hábitat III. El proceso de urbanización es prácticamente imparable. Podemos actuar para cambiar y definir los *cómos*: ¿Cómo queremos que sean nuestras ciudades? ¿Cómo vivimos el espacio público? ¿Cómo lo gobernamos?

Algunas de estas preguntas las aborda sugerentemente el politólogo Benjamin R. Barber en su ensayo *Si los alcaldes gobernaran el mundo. Países disfuncionales, ciudades emergentes*. Un libro que merece la lectura detenida por parte de cualquier responsable político, y en el que el autor expone su visión sobre cómo las ciudades —y sus alcaldes— pueden contribuir a una gobernanza global mucho más eficaz, participativa y pegada al terreno. La clave es que los alcaldes están orientados —siempre— a las soluciones. ¿Y si utilizáramos esta experiencia²⁶, esta actitud para la gobernanza global? El propio Barber va más allá,

²⁶ <https://bit.ly/1QpbILv>

incluso, y propone crear un Parlamento Global de Alcaldes. Idea que ha sido muy bien recibida en ciudades de todo el mundo.

Saskia Sassen en *The Global City* (1991) señalaba que las ciudades globales —precisamente el nombre del informe en cuestión— son el espacio en donde los procesos de globalización se localizan: «Las grandes ciudades de todo el mundo son el ámbito en el que una multiplicidad de procesos de mundialización cobran formas concretas, y localizadas, y en eso consiste en gran medida la mundialización». La gestión local decide y decidirá, cada vez más, el horizonte global. Es lo que se conoce como glocalización²⁷. El «mañana» al que este informe hace mención está a solo 15 años de nosotros... los desafíos que supone la urbanización son nuestros y urgentes. Inaplazables.

Publicado en Planeta Futuro (El País), 19 de abril de 2016

Una ciudad global a escala humana

Como hemos visto, existe un cierto consenso entre los expertos respecto al nuevo rol de las ciudades en el mundo. Las ciudades globales se convertirán en el nuevo epicentro de la gobernabilidad, la toma de decisiones y la economía,

²⁷ <https://bit.ly/1Tgl9xo>

y pasarán a ser un contrapeso de otros centros de poder, como los Estados.

Las urbes que están llamadas a jugar este papel protagonista se caracterizan por dos factores. En primer lugar, están por encima de la media de sus Estados y en la mayoría de casos son la punta de lanza de las economías nacionales. Y, en segundo lugar, están fuertemente vinculadas con el pase de las economías industriales a las economías del conocimiento, con gran impacto tecnológico, con gestiones inteligentes, inversiones centradas en tecnologías y con gran capacidad para atraer talento e innovación.

Hablamos de ciudades abiertas, cosmopolitas, multiculturales, donde conviven varias religiones, que requieren de liderazgos tolerantes para sociedades con cruces de lenguas, de orígenes, de procedencias... Un liderazgo capaz de comprender que los desafíos de una ciudad no se resuelven solamente desde la Administración, sino que requieren el impulso de una ciudad al servicio de la ciudadanía que la habita, transita o visita. Entre otras muchas cosas, esto obliga a una gran cooperación de lo público y lo privado.

En este sentido, y ahora que se habla tanto de *smart cities*, quizá sea momento de pensar en ciudades más humanas. Se trata de volver al principio según el cual la ciudad es de los ciudadanos. Hay que recuperar el espacio público como

paso imprescindible para la democratización y la humanización de la vida en las ciudades. Es un paso más de la participación en lo público. Ocupo el espacio, lo recupero, lo hago mío. Me hago partícipe de todo lo que ocurre en la ciudad. Se trata de una participación mucho más vinculada a las demandas o a los intereses de los ciudadanos.

El empoderamiento que nos proporciona la tecnología puede ser un buen punto de partida. Tenemos que ser capaces de establecer plataformas de colaboración, cooperación y decisión, donde podamos recuperar parcialmente la soberanía. Y hay que generar prácticas de colaboración más que reglamentos. Prácticas que hagan posible que las personas, puntualmente, parcial o continuadamente, puedan involucrarse en aquello en lo que creen que pueden aportar, o que les importa o les interesa.

Es un cambio en el fondo pero también en las formas. La comunicación de las ciudades va a poner más acento en los intangibles. Habrá un desplazamiento hacia valores, más cerca de lo cultural, de lo espiritual, de lo vital, de lo cotidiano, de la felicidad. Será determinante la historia que contemos sobre cómo se vive en nuestra ciudad. Pero para que este relato tenga éxito tendremos que llegar a un pacto. Los habitantes de la ciudad deberemos aceptar los distintos usos de esta y acostumbrarnos y educarnos en que nuestra

ciudad es también la ciudad de aquellos que la visitan. Hay que encontrar un equilibrio razonable, de tal manera que la pertenencia a la ciudad y esa motivación con la ciudad sean sostenibles.

Como vemos, la respuesta a muchos de los retos urbanos es entender la dimensión humana de las ciudades. Si esta dimensión se impone a las visiones estrictamente tecnológicas, va a ser un elemento clave, decisivo, para ver qué ciudades pueden ser habitables y ejemplarizantes y qué ciudades entran en una fase de difícil gobernabilidad. Es un escenario que está todavía muy abierto. Por ahora, sabemos que las ciudades serán actores claves durante el siglo XXI, pero que constituyan un gran cambio, especialmente a escala humana, dependerá en gran medida de las actitudes de los ciudadanos y de la capacidad de los liderazgos para integrar esta visión en su plan de acción.

Ciudades unidas, la esperanza del siglo XXI

Los retos a los que nos enfrentamos, claramente definidos en los 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible 2030 (NNUU)²⁸, no pueden abordarse ni realizarse, con garantías de éxito razonable, sin la perspectiva de la gobernabili-

²⁸ <https://bit.ly/2yyMcof>

dad local. Si fracasamos en la gestión sostenible —social y medioambiental— de las ciudades, no hay opciones de futuro. Las ciudades globales, conscientes de su peso demográfico y de la concentración de su poder económico, están empezando a asumir cuál es su papel frente a los desafíos globales. La ciudad *ya no acaba* —¡al contrario!— en sus límites administrativos; y su responsabilidad, tampoco. Lo analiza Parag Khanna en su último libro, *Conectografía*²⁹: la geografía política que conocíamos, con los Estados como protagonistas absolutos, pierde relevancia³⁰ en favor de las grandes metrópolis.

El año pasado tuvimos la oportunidad de comprobar cómo paulatinamente las ciudades van adquiriendo un nuevo rol en la agenda global. La celebración de Hábitat III, la conferencia de la ONU sobre desarrollo urbano, o el relanzamiento de la plataforma C40³¹, una red de colaboración para coordinar la lucha de las ciudades contra el cambio climático, fueron dos eventos en los que pudimos ver las implicaciones de este cambio.

Quizá es por este doble fenómeno, el de la creciente importancia de las ciudades y el de los nuevos retos que

²⁹ <https://bit.ly/2OKIPoo>

³⁰ <https://nyti.ms/1XuTnk3>

³¹ <http://www.c40.org>

debe afrontar, que en los últimos años muchos analistas han tratado de recuperar la idea del «derecho a la ciudad» de Henri Lefebvre³². El sociólogo, geógrafo y filósofo francés ya avanzó a mediados del siglo pasado que la crisis de la ciudad es en realidad una crisis de toda la sociedad en su conjunto. Lo que equivale a decir que el conflicto político que se genera en el ámbito urbano va más allá de sus límites geográficos y se trata en realidad de un asunto de importancia global.

Entre los teóricos que están rescatando a Lefebvre destaca especialmente el geógrafo David Harvey, quien trató de actualizar y resignificar sus ideas en un texto publicado por la revista *New Left Review* en 2008³³. Según Harvey, el tipo de ciudad que imaginamos como sociedad, y en la que queremos vivir, no puede estar desvinculada de nuestros valores sociales. Por eso es necesario reivindicar el derecho a la ciudad, para poder representar estos valores.

Son muchos los nuevos gobiernos urbanos que se alinean, aunque sea inconscientemente, con las ideas de Harvey. Se va extendiendo la idea de que el derecho a la vida urbana va más allá de los recursos y servicios a los que tenemos acceso los ciudadanos por el mero hecho de serlo.

³² <https://bit.ly/2JeMMvB>

³³ <https://bit.ly/2yv9ITh>

Un derecho poco evidente, pues no se explicita, que consiste en tener la posibilidad de cambiar la ciudad. Un poder de transformación que depende, en gran medida, de la acción colectiva y que se parece mucho a una nueva forma de resistencia³⁴.

Como apunta Joan Subirats en su último libro, *El poder de lo próximo*³⁵, «las ciudades reflejan de manera más intensa los cambios económicos, políticos y sociales que se dan en general. [...] Estas recogen y amplifican los cambios repentinos y profundos que han sacudido a todo el mundo en estos últimos veinte años». Esta realidad se agudizará y crecerá en los próximos años. La esperanza del siglo xx fue la de las Naciones Unidas. La del siglo xxi será la de las Ciudades Unidas.

Así pues, la metrópoli urbana será el escenario de los principales conflictos políticos y sociales. Y de sus soluciones. Pero no solo desde un punto de vista territorial, sino también por su escenificación y su capacidad de generar prácticas de gobernabilidad democráticas que puedan ser exportadas a otros ámbitos. Gobernar la ciudad será gobernar el mundo. Las ciudades globales deben superar, por elevación, el principio *Pensar global y actuar local*, por un

³⁴ <https://bit.ly/2fTKFjQ>

³⁵ <https://bit.ly/2OMVMxW>

ambicioso y necesario *Pensar local para actuar global*. Se trata de nueva agenda que prioriza, ante todo, ganar el derecho a construir la ciudad democrática para garantizar la conciencia de que nuestro planeta es nuestra primera —y única— casa.

Publicado en Planeta Futuro (El País), 6 de febrero de 2017

Las ‘mobile cities’ y el futuro de los Objetivos de Desarrollo Sostenible

La relación entre ciudad y tecnología está entrando en un nuevo estadio. De la implantación de nuevas tecnologías, un proceso no exento de suspicacias³⁶, a una etapa en la que los gigantes tecnológicos están tratando de adaptar sus modelos de innovación a los entornos urbanos. El cambio no es menor. Nos obliga a repensar el modelo de *smart cities* que dominaba hasta ahora la agenda urbana, así como a imaginar de qué modo este modelo puede ayudar a afrontar los principales retos de esta agenda.

Los últimos años hemos visto cómo el relato de la ciudad inteligente³⁷ se ha impuesto a pesar de que su promesa no se ha cumplido. La tecnología tenía que convertir las tramas urbanas en entornos limpios, sostenibles, seguros y

³⁶ <https://bit.ly/2EFIJek>

³⁷ <https://bit.ly/2CwM8YS>

resilientes, pero lo cierto es que las ciudades, en líneas generales, no han avanzado como se esperaba en ninguno de estos campos.

A falta de grandes resultados, muchas de ellas han centrado sus esfuerzos en estrategias *smart* que ayuden a que sean percibidas como inteligentes, aunque ello les haga perder el foco de sus verdaderas necesidades. El nuevo poder urbano se mide por la capacidad de atracción de la marca y los Gobiernos no han dudado en utilizar la etiqueta para posicionarse. La cara B de ello ha sido que el concepto se ha vaciado hasta el punto de que no sepamos muy bien hacia dónde nos lleva³⁸.

Este momento de desorientación ha propiciado, en parte, que las grandes tecnológicas muestren un gran interés por el desarrollo urbano³⁹. Es la segunda gran ola de *tecno-optimismo*. Construir ciudades desde cero, trasladar el éxito de los modelos de innovación de las *tech* al diseño, producción y gestión de las políticas urbanas.

El enfoque de esta nueva visión de la ciudad, basado en tecnologías 4.0 y en la disrupción total respecto al modelo tradicional, se parece peligrosamente a la fase que creíamos estar dejando atrás. La promesa irrealizable que se transfor-

³⁸ <https://bit.ly/2D4g14b>

³⁹ <https://nyti.ms/2CB7YuB>

ma en un activo para la marca de la ciudad pero que no mejora la vida de sus habitantes. Una ciudadanía que cada día tiene una necesidad mayor de soluciones a los retos que afronta⁴⁰. Algo de esto lo pudimos ver hace unas semanas durante el Mobile World Congress en Barcelona. Se presentaban tecnologías que revolucionarán la relación con la ciudad⁴¹ de los ciudadanos y, a su vez, en la Mobile Week⁴², un evento paralelo, se debatía sobre la ciudad del futuro⁴³ y las oportunidades para abordar los principales retos que afronta.

Por ese motivo, este debate tecnológico no puede desvincularse de los temas centrales de la agenda urbana y global, cuyas ideas principales están recogidas en los 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible⁴⁴ (ODS) definidos por Naciones Unidas. Se trata de una hoja de ruta ambiciosa, con un margen de poco más de una década y una meta muy clara: lograr un cambio positivo en beneficio de todos.

Las ciudades tienen un papel central en esta agenda. No solo protagonizan uno de los objetivos, el 11⁴⁵, sino que

⁴⁰ <https://bit.ly/2z0PeB5>

⁴¹ <https://bit.ly/2HX9CqE>

⁴² <http://mobileweekbcn.com/es>

⁴³ <https://bit.ly/2PZFSGw>

⁴⁴ <https://bit.ly/2cFagZg>

⁴⁵ <https://bit.ly/2ddqx9U>

además son fundamentales⁴⁶ para poder cumplir buena parte de la ruta trazada. Temas tan dispares como la lucha por un agua limpia y saneada, la reducción de las desigualdades, o un consumo responsable, son impensables sin la acción política a escala local. Quizá por ello, no parece extraño ver cómo muchas ciudades están reenfocando sus prioridades⁴⁷ o cómo países como Alemania están diseñando guías⁴⁸ para que sus ciudades puedan desplegar las políticas necesarias para cumplir con estos objetivos.

El CIDOB, centro de gran relevancia y credibilidad para entender el debate global, publicaba hace dos años un documento sobre el paso de las *smart a las wise cities*⁴⁹ como elemento fundamental para la consecución de los ODS. Ahora, aquel texto parece más de actualidad que nunca. La nueva ciudad inteligente, la que viven y construyen los *smart citizens*⁵⁰, será la que consiga alinear los nuevos horizontes tecnológicos con los de sostenibilidad futura a escala local y global.

Publicado en Planeta Futuro (El País), 4 de abril de 2018

⁴⁶ <https://bit.ly/2CBTxGs>

⁴⁷ <https://bit.ly/2GCugiz>

⁴⁸ <https://sdgcities.guide>

⁴⁹ <https://bit.ly/2JgZdGV>

⁵⁰ <https://bit.ly/2hL11ij>

Los ODS y el nuevo rumbo de las ciudades

Los ODS —Objetivos de Desarrollo Sostenible⁵¹, definidos por Naciones Unidas— están cambiando la agenda urbana. Su capacidad para dar respuesta a los retos del momento⁵², su adaptación a todo tipo de escenarios y la trazabilidad de los resultados obtenidos los han convertido en una herramienta fundamental para entender la definición de políticas urbanas alrededor del mundo.

Las ciudades son agrupaciones de personas, realidades, infraestructuras y flujos entrelazados que generan ecosistemas particulares. La nueva realidad urbana⁵³ se define por un crecimiento demográfico y económico, y por un mayor peso político en los asuntos globales, lo que —a su vez— obliga a afrontar retos como paliar las desigualdades urbanas, el consumo de los recursos o la sostenibilidad medioambiental.

Un escenario perfecto para el avance de la Agenda 2030⁵⁴, en el que se observa cómo la capacidad de reacción de las ciudades, a menudo, es mucho más rápida, original e innovadora. Por esa razón, en paralelo a los ODS, se ha

⁵¹ <https://bit.ly/2sQavZc>

⁵² <https://bit.ly/2KEPOgj>

⁵³ <https://bit.ly/2yuIVq5>

⁵⁴ <https://bit.ly/2OCNtkb>

generado la nueva Agenda Urbana⁵⁵ que marca una hoja de ruta para pensar los centros urbanos desde la perspectiva del desarrollo sustentable.

A diferencia de los ODM⁵⁶ (Objetivos de Desarrollo del Milenio), los ODS no solo implican actuaciones en los países en vías de desarrollo, sino en cualquier parte del mundo. Su planteamiento global hace que las acciones que se puedan tomar respecto al uso del agua en Nairobi o las medidas para luchar contra la pobreza en Washington D.C. sean igual de importantes.

Otra de las diferencias es que los ODS exigen un mayor grado de compromiso para los Estados, que tendrán que aplicar la Agenda 2030 a sus políticas internas. Sin ir más lejos, el recién estrenado Gobierno de Pedro Sánchez aprobó la creación de un Alto Comisionado⁵⁷ que se encargará específicamente de coordinar las actuaciones para alcanzar las metas fijadas por los ODS. Una figura que tendrá el rango de subsecretario, se enmarcará dentro de Presidencia y seguirá un plan de acción muy bien definido⁵⁸. En unos días podremos conocer cuál ha sido la evolución en la aplicación de las medidas propuestas, en la reunión del Foro

⁵⁵ <https://bit.ly/2CB4I2l>

⁵⁶ <https://bit.ly/2yVjwp0>

⁵⁷ <https://bit.ly/2tp53yz>

⁵⁸ <https://bit.ly/2LcKLA2>

Político de Alto Nivel sobre Desarrollo Sostenible⁵⁹ en Naciones Unidas.

Ahora, este compromiso de los Estados se debe trasladar a los entornos urbanos. Se hace más evidente que, a una escala más comprensible, las ciudades reproducen las problemáticas globales. Los desafíos que genera la migración, el medioambiente, el derecho a la vivienda o la pobreza son más abarcables para Administraciones locales, capaces de desarrollar políticas públicas cuyo efecto es mucho más palpable, más inmediato, especialmente cuando las pueden implementar en red⁶⁰ compartiendo entre ellas las posibles soluciones.

En otras palabras, cada vez toma más importancia la perspectiva local para enfrentarse a un enfoque global. Por eso, no es raro que cada vez tenga más presencia la alianza entre ciudades para compartir experiencias en este tipo de desafíos⁶¹ y que muchos de sus acuerdos se extrapolen a otros niveles de administración. Pero esta también es una relación bidireccional. Las ciudades no pueden actuar de manera aislada⁶², sino que necesitan del apoyo de otras estructuras políticas.

⁵⁹ <https://bit.ly/2PfNo9B>

⁶⁰ <https://bit.ly/2NXLiGM>

⁶¹ <https://bit.ly/2S8MOcq>

⁶² <https://bit.ly/2oM53Gd>

Por otro lado, muchas ciudades están entendiendo que la importancia de los ODS no solo reside en contribuir al desarrollo sostenible mundial, sino también a la comunicación de sus historias a escala mundial. La aplicación de políticas innovadoras enfocadas a los ODS puede ser una buena plataforma para presentarse al mundo⁶³.

Si una cosa han heredado los ODS de sus antecesores es que son desglosables en objetivos realistas, fáciles de comunicar, y que cuentan, además, con mecanismos para su cuantificación y seguimiento. Por ese motivo existen distintas iniciativas para medir⁶⁴ cuál es el grado de cumplimiento de los ODS. Muchas de ellas parten desde las ciudades, seguramente porque estas suponen un espacio mucho más medible y más fácil de monitorizar. Es el caso del proyecto BC2030⁶⁵, en Canadá, donde se mide cómo están progresando cinco ciudades en el cumplimiento de los ODS. En el mismo espacio también se mide el compromiso de los distintos partidos a escala local. Una señal de que tener los Objetivos de Desarrollo Sostenible en agenda se vuelve inevitable y que tener semáforo rojo en este campo puede tener consecuencias.

⁶³ <https://bit.ly/2zifu8>

⁶⁴ <https://bit.ly/2OKzmgF>

⁶⁵ <https://bit.ly/2AoheAr>

Los ODS han entrado a formar parte de la agenda de las ciudades y van a condicionar cada vez más las políticas públicas urbanas. Es un paso necesario y muy positivo. Y es en las ciudades donde nos jugamos dar las respuestas necesarias a los retos globales. Su compromiso es fundamental.

Publicado en Planeta Futuro (El País), 12 de julio de 2018

Ciudadanía inteligente y nuevos derechos humanos

Cuando pensamos en los derechos humanos y en las instituciones que los promueven, lo primero que nos viene a la cabeza son las Naciones Unidas. Parece que se trata de un tema que está explícitamente reservado a los Estados. Pero la realidad es que hoy en día la evolución y la defensa de estos derechos, tanto los tradicionales como los incipientes, depende en buena medida del compromiso de las ciudades.

Hemos hablado en múltiples ocasiones⁶⁶ de cómo la nueva realidad urbana está cambiando los equilibrios políticos, económicos y sociales. Cada vez más temas y más diversos van a depender de lo que suceda en las grandes ciudades. Desde el cambio de modelo económico, lo que

⁶⁶ <https://bit.ly/2yuIVq5>

llamamos transformación digital, hasta la lucha contra el cambio climático. Los grandes retos globales se afrontarán desde el ámbito local. Es por ello por lo que hoy podemos decir que, si perdemos la batalla por los derechos humanos en las ciudades, la perdemos en el mundo.

Un ejemplo muy claro ha sido la crisis de los refugiados. En ella se ha visto cómo un problema que afecta especialmente a las ciudades se gestiona desde los Estados⁶⁷, sin tener en cuenta sus necesidades. Lo reconocía el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, Filippo Grandi, admitiendo que las ciudades son el actor fundamental para afrontar esta crisis⁶⁸, y que ACNUR debía encontrar los instrumentos adecuados para colaborar directamente con ellas. No se trata solamente de dar apoyo a las instituciones locales, sino también de aprovechar su mayor capacidad de reacción ante este tipo de escenarios.

Desde el punto de vista de las ciudades, es importante que se entienda que la acción conjunta es imprescindible para obtener mayor relevancia⁶⁹. Parece que en algunos campos esta idea de colaboración está empezando a situar-

⁶⁷ <https://bit.ly/2ShrfXk>

⁶⁸ <https://bit.ly/2xb2G6B>

⁶⁹ <https://bit.ly/2NXLiGM>

se en la agenda de las grandes capitales. De esta forma pueden entenderse redes de ciudades, como C40 —la red global para la mejora del medioambiente⁷⁰— o *Resilient Cities*⁷¹, el acuerdo entre ciudades que pretenden luchar conjuntamente para adaptarse a las amenazas que enfrentan en el futuro. Otra iniciativa relevante es la de las *Human Right Cities*⁷². Se trata de un grupo de más de 30 ciudades alrededor del mundo, entre las que, de momento, no se encuentra ninguna ciudad española, que se han comprometido a respetar los derechos humanos en las políticas que lleven a cabo, en su gestión del municipio y en su relación con la ciudadanía, las empresas o las entidades.

Pero, más allá de su importancia o de su capacidad de reacción, las ciudades también se están convirtiendo en el espacio donde podemos desarrollarnos como ciudadanos⁷³. Esto está íntimamente relacionado con la puesta en práctica de nuevos modelos de gobernanza que están experimentando muchos ayuntamientos. La innovación política se está descubriendo como un fenómeno mayoritariamente urbano, donde encontramos las mejores prácticas en disciplinas como la reutilización de datos públicos, las

⁷⁰ <https://www.c40.org>

⁷¹ <http://www.100resilientcities.org>

⁷² <https://bit.ly/2O2zZxc>

⁷³ <https://bit.ly/2O20Rxc>

plataformas de participación ciudadana o la coproducción de políticas públicas. Se trata de nuevas formas de gobernar lo público.

Uno de los aspectos de esta ola de innovación política es la digitalización que, entre otros elementos, ha provocado la aparición de la ciudadanía inteligente⁷⁴. Ciudadanos que demandan un mayor protagonismo en la gestión de la ciudad, que no se conforman con el desarrollo tecnológico⁷⁵. El mismo proceso de digitalización también ha hecho que emerjan los conocidos como «derechos humanos incipientes» o de cuarta generación. Son aquellos que están relacionados con el derecho a existir digitalmente, a una reputación digital, a la privacidad o al derecho al olvido, entre otros. Algunos de estos derechos están íntimamente relacionados con la construcción de una nueva soberanía digital. Este concepto, que se traduce a la práctica en medidas como el uso de tecnologías libres o a la definición de la propiedad de los datos, se está desarrollando especialmente en entornos urbanos.

Publicado en Planeta Futuro (El País), 2 de febrero de 2018

⁷⁴ <https://bit.ly/2hL11ij>

⁷⁵ <https://bit.ly/2ywYzBk>

Ciudades (SOS)tenibles

Los retos medioambientales, y el carácter determinante de algunas de sus consecuencias, ya protagonizan la agenda de las ciudades. Las alarmas están encendidas. El concepto de sostenibilidad, en todas sus dimensiones, será el gran eje del desarrollo urbano que ya se está implementando a todos los niveles, como se evidenció en las intervenciones del foro *Las ciudades de América Latina ante los desafíos globales*⁷⁶, celebrado en Buenos Aires el pasado 29 de marzo, y que fue organizado por el diario El País y el Gobierno porteño.

El desafío es mayúsculo. Tanto la demografía, con una población urbana que crecerá hasta los 6.000 millones en 2050 según estimaciones de Naciones Unidas, como la economía, las grandes ciudades globales convertidas en actores capaces de competir con los Estados, plantean escenarios de extrema complejidad. Cada vez se necesitarán más recursos y se generarán más residuos y externalidades, como por ejemplo la contaminación de los vehículos, que juegan un papel fundamental⁷⁷ en la lucha global contra el cambio climático. Las ciudades saben que no tienen futu-

⁷⁶ <https://bit.ly/2q9VZfQ>

⁷⁷ <https://bit.ly/2Jclu85>

ro, ni podrán competir, sino son sostenibles en su desarrollo, en su actividad y en su gestión.

Afortunadamente la concienciación de la opinión pública y de los Gobiernos ha ido en aumento. Una muestra de ello son las medidas para la reducción del tráfico de vehículos en las ciudades, cuyo efecto, especialmente en la salud de los habitantes⁷⁸, está cada vez más demostrado. No es un camino sencillo. Los hábitos de la ciudadanía están muy arraigados y mejorar o crear sistemas alternativos no es ni fácil, ni barato. El reto de los municipios está en ser efectivos a la vez que flexibles⁷⁹.

A raíz de este cambio en el enfoque, ha ganado protagonismo el diseño urbano encaminado a crear espacios sostenibles. Se trata de llevar a cabo acciones como promover la peatonalización⁸⁰ para crear ciudades más caminables, repensar la convivencia de las urbes con la naturaleza, reconvertir antiguos barrios industriales en ‘islas sostenibles’⁸¹ dentro del ecosistema, o —como señalan algunos urbanistas— imaginar desarrollos urbanos con capacidad para regenerarse⁸².

⁷⁸ <https://bit.ly/2NWL6rn>

⁷⁹ <https://bit.ly/2Pe0GDN>

⁸⁰ <https://bit.ly/2RazYsP>

⁸¹ <https://bit.ly/2O3gd4D>

⁸² <https://bit.ly/2EKbNA9>

En el caso de la regeneración, hablamos de una tendencia global. Poco a poco se va extendiendo⁸³ la idea de que una ciudad podría ser capaz de adaptarse a los cambios en su entorno basándose en la capacidad de autoabastecimiento y de resiliencia. La estrategia para desarrollar este modelo es la economía circular⁸⁴. Un nuevo ecosistema que va más allá de las tradicionales tres erres —Reducción, Reciclaje y Reutilización— y que reinterpreta toda la cadena de producción y consumo. Expresiones como kilómetro cero (cuando hablamos de alimentación), fab labs (en la industria o la producción), o el remunicipalismo (en la producción y gestión) de servicios básicos y en la energía, por ejemplo, son partes de un engranaje en el que vamos viendo las piezas sin ver el conjunto, todavía.

Sobre el papel puede parecer que estamos ante un retorno a prácticas tradicionales, pero, en realidad, lo que se avecina es un cambio de paradigma las consecuencias del cual, al menos en el terreno económico, se están haciendo cada vez más evidentes⁸⁵. Así, cada vez hablaremos más de compañías que venden acceso a servicios y no productos; de compañías que centran su actividad en la recuperación de materiales para una futura venta; de otras que se

⁸³ <https://bit.ly/2yvKYtO>

⁸⁴ <https://bit.ly/2App117>

⁸⁵ <https://bit.ly/2uqxqxl>

dedican directamente a su transformación; de nuevas especializaciones y avances en reciclaje; y, por supuesto, de consumo colaborativo. En este sentido, recomiendo leer el informe que publicó el Fórum Económico Mundial de la mano de la Fundación de Ellen MacArthur: *Towards the Circular Economy: Accelerating the scale-up across global supply chains*⁸⁶.

Las ciudades están en la punta de lanza para el desarrollo de este nuevo modelo, especialmente en lo que concierne a la producción y el consumo de alimentos. Prueba de ello fue la firma del Pacto de Milán⁸⁷ en octubre de 2015. En dicho documento se afirmaba la necesidad de «trabajar para desarrollar sistemas alimentarios sostenibles, inclusivos, resilientes, seguros y diversificados, para asegurar comida sana y accesible a todos en un marco de acción basado en los derechos, con el fin de reducir los desperdicios de alimentos y preservar la biodiversidad y, al mismo tiempo, mitigar y adaptarse a los efectos de los cambios climáticos.»

Capitales como Ámsterdam⁸⁸ o Helsinki⁸⁹ se han puesto manos a la obra. De hecho, la ciudad finlandesa acogerá el próximo mes de junio el Congreso Mundial de Econo-

⁸⁶ <https://bit.ly/1ro5wei>

⁸⁷ <https://bit.ly/2OlcY7P>

⁸⁸ <https://bit.ly/2EEpXTy>

⁸⁹ <https://bit.ly/2D2iYSA>

mía Circular⁹⁰. También encontramos municipios de menor envergadura pero mucho más avanzados, como el caso de Peterborough o el de la escuela de Jaureguiberry (Uruguay)⁹¹, el primer centro escolar completamente sostenible de América Latina. De estas y otras cuestiones se habló en la Semana de las Normas Verdes⁹², celebrada en Manizales (Colombia) y que trató sobre ‘Economía Circular y ciudades sostenibles’; un tema alrededor del cual girará, también, el encuentro que C40 Cities organiza en Madrid el próximo 20 de abril, *Deadline 2020: Creating Peaceful and Equitable Cities*⁹³, en el marco del Foro Mundial sobre las Violencias Urbanas y Educación para la Convivencia y la Paz⁹⁴. En este sentido, recomiendo leer con atención el informe *Deadline 2020. How cities Will get the job done*⁹⁵, realizado por el equipo de C40 y que pretende ser una hoja de ruta para que las ciudades puedan cumplir con los acuerdos de París.

Toda esta atención hacia el modelo circular no es casual ni exagerada. En pocos años hemos pasado de un concepto casi desconocido a admitir⁹⁶ que el futuro de las ciudades

⁹⁰ <https://bit.ly/2nJe858>

⁹¹ <https://bit.ly/2bLcllw>

⁹² <https://bit.ly/2nxLz9T>

⁹³ <https://bit.ly/2pC0MFy>

⁹⁴ <http://www.ciudadesdepaz.com>

⁹⁵ <https://bit.ly/2gz9tOD>

⁹⁶ <https://bit.ly/2eo7tJh>

pasará, necesariamente, por adoptar estas nuevas prácticas. Tiene sentido. Si la mayor amenaza para la sostenibilidad del planeta se origina en los entornos urbanos, es casi una obligación que sea desde este mismo ámbito desde el que se imaginen y se pongan en práctica todas las soluciones posibles⁹⁷. Y este es precisamente el punto en el que estamos, imaginando cuáles pueden ser estas soluciones.

Publicado en Planeta Futuro (El País), 18 de abril de 2017

Ahogados en residuos

Las ciudades y los asentamientos humanos son el «lugar donde interactuamos social, cultural, política y económicamente, y donde además nos desarrollamos como seres humanos». Así se define la responsabilidad de lo urbano en la Resolución 40/202 de la Asamblea General de las Naciones Unidas que conmemora el Día Mundial del Hábitat⁹⁸ y que celebramos el primer lunes de octubre. La finalidad de este día es «reflexionar sobre la situación de nuestros pueblos y ciudades y el derecho básico de todos a la vivienda adecuada. También tiene el propósito de recordar al mundo su responsabilidad colectiva para el futuro del hábitat humano». La paradoja es que nuestra *inte-*

⁹⁷ <https://bit.ly/2eqtpSY>

⁹⁸ <https://bit.ly/2ye9m2v>

racción económica ya no garantiza nuestro *desarrollo* como seres humanos.

Este año⁹⁹ se centra en los desafíos en el manejo de residuos sólidos municipales. La campaña tiene como eslogan *Ciudades que gestionan bien los residuos* y tiene como objetivo crear conciencia sobre el reto mundial que suponen, así como promover la creación de soluciones innovadoras a su tratamiento y gestión.

Nos ahogamos en residuos. La gravedad de la situación es extrema. Por ejemplo, cada segundo se vierten a los mares y océanos cerca de 200 kilos de plástico, más de ocho millones de toneladas al año. A este ritmo, dentro de diez años habrá una tonelada de plásticos por cada tres de peces y, en 2050, el peso de los residuos será superior al de todos los peces del planeta, como evidencia el estudio *La nueva economía de los plásticos*¹⁰⁰, de la Fundación Ellen MacArthur. El informe reconoce que el plástico se ha convertido en el caballo de batalla de la economía moderna. Y hace hincapié en la necesidad de crear una economía de plástico efectiva¹⁰¹, después de su primer uso, ofreciendo una nueva visión alineada con los principios de la economía circular.

⁹⁹ <https://bit.ly/2P3e9T9>

¹⁰⁰ <https://bit.ly/2zMk8Ph>

¹⁰¹ <https://bit.ly/2JcBGqL>

El presente modelo económico lineal de tomar, hacer, des-
echar (basado en disponer de grandes cantidades de ener-
gía y otros recursos baratos y de fácil acceso) ha llegado ya
al límite de su capacidad física.

La economía circular es una propuesta para cambiar el
modo de producción del futuro, con la idea de lograr que
cada producto tenga múltiples ciclos de uso y producción,
es decir, que el fin de un producto alimente el comienzo de
otro. «El objetivo es que los recursos se conviertan en pro-
ductos, los productos en residuos y los residuos en recur-
sos», como señala el presidente de la Fundación para la
Economía Circular¹⁰². Si hoy la ecuación reinante es to-
mar, hacer y desechar, la que se propone es reducir, reutili-
zar y reciclar.

La velocidad de la degradación global, a causa de los
residuos sin tratar, es superior a la capacidad local y global
para encontrar soluciones y medidas efectivas capaces de
frenar su incremento, revertir su generación y repensar el
ciclo de materias primas y elaboradas con un nuevo mo-
delo económico. Esta grave disfunción provocada por la
aceleración incontrolada de basura hace que nuestros ma-
res y océanos se acerquen inexorablemente a convertirse

¹⁰² <http://economiecircular.org>

en el gran vertedero ilegal de los residuos globales del planeta.

Las ciudades y los asentamientos urbanos deben gestionar sus residuos abrazando estrategias de economía circular en las que, fundamentalmente, las empresas que operan en el territorio urbano estén plenamente identificadas e integradas en un marco de gestión responsable. Otra economía no será posible sin otro modelo de empresa¹⁰³. No hay gestión municipal posible de los residuos sin una co-gestión de los mismos por parte de las empresas.

Hay una metáfora sugerente. El círculo es una de las tramas urbanas básicas: la casa, la plaza, la fortaleza, la ciudad. La ciudad círculo ha dado paso a la ciudad extendida, a la ciudad nodo, a la ciudad ecosistémica: metropolitana en el ámbito urbano, digital en el ámbito económico. El desafío es cómo gestionar lo urbano (y sus residuos) con una concepción también circular, cuando la frontera urbana, el límite administrativo o competencial, o la propia concepción de ciudad están redefiniéndose de manera acelerada. Ahogados en residuos, sí. Cada vez más. Pero el salvavidas es circular. Esa es la metáfora potente.

¹⁰³ <https://bit.ly/2P4FYmq>

El reloj no se detiene. El peso de la inacción —o la ineficacia de lo que se intenta— es, segundo a segundo, una losa pesada que nos oprime. La reacción de las ciudades es desigual pero cada vez más intensa. Re-City¹⁰⁴, por ejemplo, es una plataforma de reflexión que pretende repensar las ciudades para hacerlas socialmente más sostenibles. Esta iniciativa reciente, que lidera la Fundació Catalunya Europa y que se materializará en distintos grupos de debate y conferencias abiertas, quiere convertir Barcelona en un espacio de referencia sobre las ciudades y los retos globales con la voluntad de generar pensamiento, compartir conocimiento y favorecer el debate.

Iniciativas no faltan, aunque el debate debe crecer y extenderse¹⁰⁵. El problema son los resultados efectivos y la capacidad real que tenemos desde las políticas públicas para revertir lo lineal en circular. El hábitat humano dependerá de nuestra determinación y acierto para convertir el residuo en la primera resistencia de lo vital y no en la consecuencia de lo inerte.

Publicado en Planeta Futuro (El País), 1 de octubre de 2018

¹⁰⁴ https://twitter.com/ReCity_

¹⁰⁵ <https://bit.ly/2PPet0B>

Ciudades que caminan

Caminar nos hace humanos. Esa condición —junto al lenguaje— fue el salto evolutivo que nos transformó de homínidos en humanos. Las ciudades que caminan —las que se piensan y se viven para caminar— son ciudades humanas: de escala, de concepción, de planificación. Salgamos por un instante del punto de vista urbanístico, al que volveremos más adelante. Son muchas las personas que han reflexionado sobre la acción de caminar y la han dotado de múltiples significados. Desde una vertiente literaria y de ensayo¹⁰⁶, como los paseos solitarios de Hazlitt o Stevenson, o la vindicación del poeta Whitman que hablaba de la cultura de andar como «rechazo de una civilización corrupta, contaminada, alienante y miserable».

También hay numerosas relaciones entre el caminar y el pensamiento, con las peculiaridades y costumbres diversas de pensadores como Kant, Nietzsche o Thoreau, recogidas por el filósofo Frédéric Gross¹⁰⁷. Se piensa mejor —y se enseña— cuando se camina, como bien sabían los peripatéticos —y su escuela filosófica— en Atenas hace más de 2.000 años. Desplazarse a pie es también una ac-

¹⁰⁶ <https://bit.ly/1Iuv7cL>

¹⁰⁷ <https://bit.ly/1HZk7l6>

ción para descubrir¹⁰⁸, una experiencia estética, de liberación, y, en caso de practicarse en las ciudades, una acción con significado político y social. Para algunos, incluso se trata del último acto de libertad auténtico¹⁰⁹. Caminar es la primera... y la última revolución y resistencia cívicas. Hasta el mismo presidente Barack Obama tiene un proyecto¹¹⁰, *United We Serve*, en que propone promover grupos de caminantes para mejorar el bienestar de sus ciudadanos.»

«La caminabilidad ha llegado a un punto de inflexión». Así es como la consultora ARUP resumía los resultados de un estudio —*Cities Alive: Towards a walking world*—, realizado en más de 80 ciudades del mundo, que analiza los efectos de las políticas enfocadas a favorecer la peatonalización de los espacios públicos y cuáles son las medidas que pueden ayudar a su implementación. Una de las conclusiones del informe es que este tipo de políticas son una parte esencial de la recuperación del espacio público por parte de los ciudadanos, es decir, sostiene que facilitar la acción de caminar es clave en la planificación futura de las ciudades.

¹⁰⁸ <https://bit.ly/2D2lmZy>

¹⁰⁹ <https://bit.ly/2RepDfF>

¹¹⁰ <https://bit.ly/2D23QVs>

Andando definimos la relación que establecemos con la ciudad, nuestra actitud hacia ella¹¹¹. Como espacio de uso diario, de descubrimiento como turistas, de paseo sin rumbo —el mítico *flâneur*—, o bien de compromiso. Quizá, lo que ha cambiado, lo nuevo, es que empezamos a ser conscientes de lo que supone la reivindicación de ciudades más caminables. No hace tanto era extraño oír palabras como *walkability* y ahora los principales expertos, como Jan Ghel, lo sitúan en el centro del tablero¹¹². Iniciativas como la Red de Ciudades que Caminan¹¹³ ejemplifican este cambio.

La agenda urbana ha virado definitivamente en favor de los peatones. Ahora es momento de que los gobiernos lo interioricen como un elemento más que tener en cuenta en las políticas de ciudad. Los grandes debates que se desarrollarán en las ciudades tendrán que ver con prácticas y andar podría ser un tema transversal en temas como sanidad, educación o urbanismo.

Los datos y estudios apuntan a los beneficios de aplicar este tipo de medidas. Algunos son muy evidentes y de sobra conocidos, como el hecho de que aquellas ciudades

¹¹¹ <https://bit.ly/2yWFms8>

¹¹² <https://bit.ly/2cMHy9O>

¹¹³ <http://www.ciudadesquecaminan.org>

con mayores espacios caminables experimentan beneficios económicos¹¹⁴, ya que el comercio se ve favorecido por un mayor tránsito de peatones, o los beneficios ecológicos y de movilidad¹¹⁵, con la reducción de tránsito motorizado, especialmente de vehículos privados. Otros son también bastante previsibles, como la relación entre la práctica de caminar y la mejora general de la salud, incluso, como apuntó un estudio de la Universidad de Queensland¹¹⁶, de la salud mental, o el hecho de que los barrios con grandes espacios peatonales atraen a ciudadanos de alto nivel a vivir en ellos.

Llevar a cabo este proceso no será fácil. En el fondo, se trata de un cambio en la concepción del espacio público que choca con prácticas y costumbres muy arraigadas. Estos días estamos viendo un ejemplo con la prueba piloto de las supermanzanas¹¹⁷ en el barrio de Poblenou, en Barcelona. Más allá de la propia medida y de sus complicaciones, lo más emocionante es la forma en la que se pueden reocupar espacios que, para la mayoría, siempre se han identificado con el tránsito. Este es el tipo de transformaciones que reivindica el movimiento por hacer caminables las

¹¹⁴ <https://bit.ly/2c5rsIZ>

¹¹⁵ <https://bit.ly/2OLTzmj>

¹¹⁶ <https://bit.ly/2Sgaqfp>

¹¹⁷ <https://bit.ly/2O2LTa8>

ciudades. Imaginar nuevos usos, nuevas formas de pasar el tiempo y, por supuesto, de desplazarse. Casi como poder descubrir la ciudad por primera vez, o de manera absolutamente nueva. Como, por ejemplo, la propuesta del proyecto del colectivo holandés *If I Can't Dance*¹¹⁸, inspirado por *The Reading Groups*, que plantean el intercambio de conocimientos de manera íntima y dinámica a través de la discusión de textos mientras se camina en parejas.

Publicado en *Planeta Futuro* (El País), 19 de septiembre de 2016

¹¹⁸ <https://bit.ly/2yyYr4b>

3 Imaginando la ciudad democrática

Ciudades para la vida: los límites del poder

Como hemos visto, la gestión de las grandes ciudades se ha convertido en el elemento central de las políticas del futuro. Y del futuro de la política. Fracasar en la sostenibilidad y viabilidad de las 750 grandes metrópolis del mundo hipotecaría, definitivamente, el destino de la humanidad. Acertar, lo contrario. Este es el desafío más trascendente para los poderes políticos locales. Su éxito *glocal* (local y global) va mucho más allá de sus límites y periferias. Su gestión local decide el horizonte global.

A mi juicio, existen tres limitaciones del poder político municipal. Limitaciones que pueden ser, también, retos y oportunidades, si se es consciente de ellos y se actúa y se

gobierna con la perspectiva de superar las restricciones con el diseño de alianzas por la gobernabilidad.

a) El territorio ya no es la cartografía. La realidad virtual, así como la integración metropolitana de la mayoría de nuestras ciudades, nos aboca a superar la concepción perimetral de la superficie municipal. Hoy, los territorios urbanos ya no tienen fronteras. La porosidad es total. La interdependencia, una realidad inevitable... y deseable. No se puede gestionar la ciudad desde los viejos mapas. Nuevas realidades, por debajo de lo evidente y por encima de sus límites, nos abren campos de actuación nuevos y creativos. El poder político formal está limitado por su territorio. El poder político real será aquel capaz de actuar sobre nuevas cartografías que no entienden de metros cuadrados sino de relaciones exponenciales.

b) Las competencias reguladas no son las competencias políticas. Los liderazgos locales saben muy bien que los ciudadanos no comprenden las limitaciones competenciales de sus Administraciones. Sus alcaldes y sus alcaldesas representan el poder de proximidad más valorado y respetado. Y no entienden, ni quizá deben comprender, la enrevesada y compleja multiplicidad de Administraciones que actúan sobre el territorio. Ni sus penosas limitaciones presupuestarias. Los alcaldes del futuro deben de

tener poder político más allá, y por encima, de sus competencias reguladas y sus recursos. Nadie se lo va a otorgar. Deben «ganarlo». Esta concepción es imprescindible si se quieren superar los corsés de lo caduco y atender lo urgente. Esta visión holística del poder local solo podrá ser liderada por políticos capaces de crear poderosas alianzas interinstitucionales, abiertas a la cooperación con empresas y ciudadanía. Hoy nadie tiene tanto poder. Lo explica muy bien Moisés Naím en *El fin del poder*¹¹⁹: «Estamos viviendo en el mundo más urbano de la historia. Desde 2007 hay más personas viviendo en la ciudad que en el campo. Este es el planeta más joven que ha tenido la historia, el de mayor número de población joven. La población menor de 30 años es tres veces mayor de lo que era en 1950. Todo eso, la educación, la ingesta calórica... es lo que mueve a esos usuarios y lo que ha dado lugar a lo que yo en el libro llamo las tres revoluciones: la del más, la de la movilidad y la de la mentalidad».

c) El poder de lo público no reside solo en las instituciones. Los alcaldes y alcaldesas son depositarios de poder legítimo y democrático. Pero hay nuevas legitimidades y nuevas representaciones. La crisis de la intermediación política institucional como la única capaz de re-

¹¹⁹ <https://bit.ly/1CrZWgs>

presentar anhelos, derechos e intereses está cuestionada. Necesitamos forjar alianzas por lo público (por el bien público, por el bien común, por el procomún) en donde se compartan responsabilidades y protagonismos. Una concepción de democracia líquida, más flexible y abierta capaz de acoger tanta participación como se requiera en cada proceso y tanta energía democrática y cívica como la sociedad sea capaz de generar. La nueva representación no es simple delegación, es movilizar caudales de poder por lo público.

Necesitamos alianzas público-privadas, institucionales-sociales, para resolver, juntos, los grandes desafíos. Por separado, nuestro poder, nuestros poderes son limitados y fragmentados. Alianzas de talento compartido, de las multitudes inteligentes, donde el mundo CO (no el de las compañías privadas) sea la ecuación ganadora: COnciencia, COmpartir, COdecidir, COcrear¹²⁰, COgestionar, COMunidad. Y dibujen un nuevo itinerario de gobernabilidad democrática donde la tecnología pase de la concepción tecnocrática de las *smarts cities* a la concepción democrática de los *smart citizens*.

Publicado en Planeta Futuro (El País), 9 de septiembre de 2015

¹²⁰ <https://bit.ly/2SkLoF8>

Imaginando la ciudad democrática

Las ciudades democráticas que están emergiendo lo son desde el mismo proceso de diseño de la participación. Teoría y desarrollo de las herramientas que permitirán la construcción de la nueva ciudad. Pensar no está prohibido. No hay resignación determinista a hacer las cosas como siempre se han hecho, o como «solo se pueden hacer». El cómo se convierte en el ADN del por qué.

Más población, más actividad, más recursos, más protagonismo, y, por supuesto, un reto enorme para gestionarlas y asegurar su viabilidad. Son los principales motores económicos; también, los espacios donde nace y se comparte el activismo social y, en muchos casos, los laboratorios para nuevas fórmulas políticas. Y la tendencia irá a más.

Las corrientes de fondo han sido propicias. La transformación digital, que ya afecta a todos los ámbitos de nuestras vidas, ha permitido imaginar nuevas formas para materializar esta ansia de participación. Ahora sabemos que ya nada será lo mismo y estamos en la fase de repensar e imaginar cómo vehicular todos estos movimientos.

El modelo de desarrollo urbano de las últimas décadas necesita un recambio. El 75 % de las grandes ciudades ha visto cómo la desigualdad crecía durante los últimos 20 años.

Las estrategias de urbanización y crecimiento han creado urbes con grandes divisiones que, en muchos casos, las incapacita para afrontar desafíos como la sostenibilidad o la propia brecha económica y política entre sus ciudadanos.

Cada día parece más claro que la mejor manera de repensar el planeamiento urbanístico —y la actividad económica subyacente en cada decisión— ya no es posible desde la superioridad tecnocrática y la lógica simplemente numérica. El diseño democrático, cívico y social de las ciudades incorpora prioridades y soluciones más matizadas y profundas, capaces de abordar retos logísticos o de infraestructuras con otro punto de partida. Y mejores alternativas.

Las ciudades del futuro serán inclusivas, sostenibles y resilientes o no serán. Ante esto, los Gobiernos han apostado por actualizarse y adaptarse al nuevo entorno tecnológico, o lo que es lo mismo, han dado los primeros pasos para desarrollar las *smart cities* (ciudades inteligentes), al tiempo que descubrían que lo que realmente se necesita son *smart citizens* (ciudadanos inteligentes).

Las ciudades inteligentes constituyen un paso necesario, pero no suficiente, pues su implementación no ha venido acompañada de un cambio en el rol de la ciudadanía en la toma de decisiones. Son reformas pensadas con la

lógica de arriba abajo, exclusivamente tecnológicas, que entienden el espacio urbano como un entorno formado por usuarios, autómatas, que debe ser controlado. En definitiva, estrategias que han imaginado ciudades demasiado inteligentes y poco humanas.

Este planteamiento olvida que las ciudades son ecosistemas vivos y diversos. No se trata de un elemento abstracto que reformar, sino de un conjunto de ciudadanos que sienten, orientan y deciden cuáles son las decisiones que hay que tomar. Por eso, resulta difícil imaginar que cualquier solución no dependa, en parte, de la capacidad para empoderarles y hacerles partícipes de las transformaciones necesarias.

Lo describía magistralmente Italo Calvino, en su libro *Ciudades invisibles* (1972): «Las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, signos de un lenguaje; son lenguajes de trueque, como explican todos los libros de historia de la economía, pero estos trueques no son solo de mercancías, son también trueques de palabras, de deseos, de recuerdos». Hoy más que nunca, se trata de poner en el cuadro de mando de la gobernanza municipal a los ciudadanos invisibles, a los temas invisibles, a los barrios invisibles. Más democracia es más ciudad.

La capacidad para integrar la participación es otro de los motivos por los que tiene sentido que las ciudades sean

el escenario para imaginar nuevos formatos democráticos. La adopción de la tecnología como herramienta disruptiva en política se ha empezado a implementar en las urbes antes que en otros niveles de decisión política.

Esto ha sido así por dos motivos. Primero, porque se trata de un ámbito de decisión cercano, lo cual facilita la participación y la colaboración de distintos actores, así como la puesta en marcha de plataformas ágiles que vehiculen esta participación. Y segundo, porque las decisiones que se toman son más fácilmente identificables por los ciudadanos. La ciudad empieza en nuestra calle, en nuestro mercado, en nuestro barrio.

Necesitamos imaginar cómo será la ciudad participada hacia la que nos encaminamos. Cómo aprovechar todos los recursos de la sociedad del conocimiento —datos, conectividad, accesibilidad— en su dimensión social, ética y política. En otras palabras, cómo actualizamos los modelos de gobernanza en la Era de Internet. Hoy, como afirma Richard Florida, el reto, el *great reset*, es repensar las ciudades para convertirlas en lugares habitables, vibrantes, redes de diálogo y participación. Solo así podrán ser motores de innovación y productividad.

La resistencia de las ciudades

El anuncio de Trump de retirar a Estados Unidos del Acuerdo de París provocó una de las reacciones en cadena más sonadas que se recuerdan en el ámbito político. Jefes de Estado, CEO de grandes empresas, figuras relevantes de Silicon Valley, activistas de todo tipo mostraban su rechazo a la decisión del Presidente.

Con toda la sobreexposición mediática de los últimos días pasó desapercibido un aspecto que creo que merece nuestra atención. La oposición interna a la postura de Trump respecto a la lucha contra el cambio climático la lideraron los alcaldes de las principales ciudades. El caso más mediático fue el de Bill Peduto, alcalde de Pittsburgh, que reaccionó de forma contundente¹²¹ a las referencias del Presidente a su ciudad, mostrando el compromiso de esta con los Acuerdos de París.

En esta misma línea siguieron Bill de Blasio¹²², alcalde de Nueva York, o Martin Walsh¹²³, de Boston, y así hasta llegar a más de 175 alcaldes¹²⁴ alrededor del país. El mensaje de todos ellos tenía un objetivo muy claro: posicionar

¹²¹ <https://bit.ly/2S8rBzr>

¹²² <https://bit.ly/2SeOMIn>

¹²³ <https://bit.ly/2O3JDzk>

¹²⁴ <https://bit.ly/2SdeQDD>

a las ciudades¹²⁵ como los actores que, con apoyo del Gobierno federal o sin él, seguirían en la lucha contra el cambio climático. Pero las grandes ciudades norteamericanas no fueron las únicas en alzar la voz. A través de organizaciones como C40¹²⁶, ciudades de todo el mundo como Copenhague¹²⁷, Melbourne¹²⁸ o Puebla¹²⁹ han coordinado una respuesta conjunta e incluso propuestas de actuación concretas¹³⁰.

Todo ello es una buena muestra de que los Gobiernos de las grandes ciudades son cada vez más conscientes de dos cosas. Primera, que a pesar de no tener todas las competencias necesarias, sí que disponen de herramientas efectivas¹³¹ para la mejora de la sostenibilidad en sus entornos y en el planeta. Y segunda, que, como actores cada vez más relevantes¹³² en el panorama económico, político y social, su autonomía y su capacidad para definir la agenda es cada vez mayor.

Debemos tomar conciencia del alcance real de este nuevo escenario¹³³. Que las ciudades no solo tengan su propia

¹²⁵ <https://bit.ly/2snKDny>

¹²⁶ <https://www.c40.org>

¹²⁷ <https://bit.ly/2yx4Uwt>

¹²⁸ <https://bit.ly/2D3hpnw>

¹²⁹ <https://bit.ly/2PXTCZ6>

¹³⁰ <https://bit.ly/2R9wFSI>

¹³¹ <https://bit.ly/2qOR0iP>

¹³² <https://bit.ly/2S8R0ca>

¹³³ <https://bit.ly/2NXLiGM>

agenda, sino que además sean capaces de actuar de forma coordinada¹³⁴ más allá de sus límites territoriales, puede cambiar las reglas de juego de las relaciones internacionales. Y lo que es más importante, no se trata solamente de la capacidad de influencia, de erigirse como un contrapeso respecto a otros actores, sino también de imponer temas o enfoques nuevos.

Existe un cierto consenso alrededor de la idea de que el eje rural-urbano, en su sentido literal, de territorio, pero también demográfico y político, se ha convertido en un aspecto relevante de la competición política. Desde Trump¹³⁵ a Macron¹³⁶, hemos comprobado que los habitantes de las grandes ciudades y los que viven fuera de ellas, en general, están demostrando preferencias distintas a la hora de votar. Y, por tanto, no debe sorprendernos que, ante decisiones como la de la Casa Blanca de la semana pasada, sean también las grandes urbes, con Gobiernos avalados por electorados contrarios a los nuevos populismos, las que reclamen su capacidad de resistencia.

No es extraño que en un contexto como este aparezcan iniciativas para diseñar y construir nuevas redes municipa-

¹³⁴ <https://bit.ly/2yxk1WL>

¹³⁵ <https://nyti.ms/2O3KyQi>

¹³⁶ <https://bit.ly/2SaWxPo>

listas, que van más allá de los tradicionales foros de debate, para constituirse en grupos de apoyo mutuo y de acción conjunta para las ciudades. Es el caso de *Ciudades sin Miedo*¹³⁷, un encuentro que se celebra esta semana en Barcelona, y que tiene como objetivo situar a las urbes como enclaves que promueven valores como la solidaridad, la apertura y la esperanza, en contraposición a las políticas que persiguen un mayor control de los movimientos de personas.

Quizá lo más relevante es esta voluntad de situar la realidad urbana como un factor diferencial. Es con este objetivo que destacan las Ciudades Refugio en Europa, que acogen a los miles de desplazados y que, con sus acciones, presionan a Gobiernos nacionales y también a la Unión Europea. Y lo mismo por el papel que están jugando las *Sanctuary Cities* en Estados Unidos, otro ejemplo de oposición urbana a las políticas de Trump. Tal y como afirman los organizadores del encuentro, la democracia nació en el espacio local y será justo ahí donde podrá reinventarse.

En definitiva, vemos cómo, frente a los retos globales, encarnados especialmente por la crisis medioambiental y

¹³⁷ <http://fearlesscities.com>

las amenazas más inmediatas, como por ejemplo el terrorismo¹³⁸, las grandes ciudades han optado por utilizar un nuevo instrumento: la coordinación. Defender causas conjuntamente, constituirse como grupos de presión en la esfera internacional, y tratar de establecer su propia agenda. Es un paso coherente y necesario. Imprescindible, si quieren convertirse en capitales de oportunidades¹³⁹.

Las nubes no conocen fronteras, ni el cielo ni los océanos tienen muros. Las ciudades glocales (sí, glocales) han comprendido que sus límites no son sus perímetros, ni sus responsabilidades acaban con sus competencias. Hay una esperanza para la gobernabilidad del mundo. Y esta tiene nombre de ciudad.

Publicado en Planeta Futuro (El País), 9 de junio de 2017

Repensando los espacios urbanos

Uno de los aprendizajes que puede desprenderse de los últimos textos es que muchos expertos defienden una relación causa-efecto entre urbanización y crecimiento económico. Sin embargo, «las ciudades deben ser consideradas como algo más que los motores de riqueza. Deben ser

¹³⁸ <https://bit.ly/2NZxATJ>

¹³⁹ <https://bit.ly/2CC75Ss>

vistas como sistemas con el objetivo de mejorar el bienestar humano»; así, al menos, lo entiende el urbanista canadiense Charles Montgomery en su último libro *Happy City*¹⁴⁰.

Las expansiones urbanas (que en su gran mayoría son procesos vertiginosos, desordenados, descontrolados...) pueden provocar aumentos en los indicadores macroeconómicos, pero también traen consigo el enorme desafío de convertir estas caóticas ciudades en ambientes vivibles. «Lograr que las ciudades y los asentamientos humanos sean inclusivos, seguros, resilientes y sostenibles» es uno de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS).

La felicidad urbana es posible. En Bristol, desde hace unos años, el proyecto Happy City¹⁴¹ sitúa el bienestar ciudadano en el centro del sistema urbano, ocupándose de medir la felicidad de sus vecinos con indicadores tan dispares como la desigualdad económica, la movilidad urbana, la huella ecológica, el acceso a parques e instalaciones deportivas, la existencia de mercados locales y huertos comunitarios, etc. Si buscamos ciudades felices, necesitaremos repensar y rediseñar los espacios públicos que las componen.

¹⁴⁰ <https://amzn.to/2RdrqBI>

¹⁴¹ <http://www.happycity.org.uk>

El concepto de espacio público comprende una dimensión urbanística, cuando se refiere a los lugares de propiedad pública (y no privada), y otra dimensión política, que hace referencia a una esfera de deliberación. El filósofo alemán Jürgen Habermas lo definía como «un ámbito de nuestra vida social en el que se puede construir algo así como opinión pública. Los ciudadanos se comportan como público cuando se reúnen y conciertan libremente, sin presiones y con la garantía de poder manifestar y publicar libremente su opinión sobre las oportunidades de actuar según intereses generales». Así, los espacios públicos no son simplemente aquellos lugares que son propiedad del Estado (sea este nacional, regional o local), sino que también deben ser espacios de interacción, diametralmente opuestos a los no-lugares¹⁴² que el antropólogo francés Marc Augé definió como espacios provisionales, efímeros, de insociabilidad, de anonimato, de alienación.

Zygmunt Bauman, en su libro *Tiempos líquidos*¹⁴³, reflexiona sobre el miedo usado por las instituciones para recortar la circulación en el espacio público (mixofobia) y propone, en su lugar, la mixofilia: la interacción de extraños en el espacio público como receta para una sociedad

¹⁴² <https://bit.ly/2CDUYV2>

¹⁴³ <https://bit.ly/1SYTk0I>

más vivible. Los nuevos espacios urbanos tienen que ser (re)pensados para el bienestar de todos sus habitantes, fomentando la interacción social, la participación en la vida pública, la convivencia con la naturaleza y minimizando los efectos negativos de la vida urbana moderna. Como desafío extra, para 2030 más de un billón de personas —una de cada ocho— tendrán 65 años o más; la población envejece y exige que las ciudades adopten estrategias creativas e inclusivas para atender sus necesidades concretas de movilidad, vivienda, atención sanitaria, recreación, etc. El reto es tal que la Organización Mundial de la Salud (OMS) ya publicó su guía para crear Age-Friendly Cities.¹⁴⁴

Algunos pocos han entendido y asumido los diferentes desafíos que supone la urbanización, incluido el rediseño de los espacios públicos (recuperación de espacios históricos, proyectos de movilidad sostenible, incremento de las zonas verdes, etc.). La urbanística, como disciplina, asumirá un rol decisivo y protagónico en los próximos años. Y la gestión colectiva de las grandes ciudades ya se ha convertido en el elemento central de las políticas del futuro. Y del futuro de la política.

Publicado en la revista Numbers (Kreab), 26 de abril de 2016

¹⁴⁴ <https://bit.ly/1D8llyx>

El peligro de las ciudades demasiado inteligentes y poco humanas

Después de unos años en los que la perspectiva dominante ha sido la tecnológica, han ido ganando protagonismo aquellos planteamientos que ponen el foco en el ciudadano como epicentro. Hablamos del paso de un ciudadano-consumidor, que se limitaba a usar la tecnología y convertirse en emisor de datos, a un ciudadano inteligente que hace un uso activo de todas las herramientas que tiene a su alcance. Y que protagoniza su condición de ciudadano con una tecnología que le permite reapropiarse de la ciudad, de sus espacios públicos, de sus servicios.

En el origen de este debate se sitúa Dan Hill, experto en urbanismo, que afirmaba que «la ciudad inteligente es una idea equivocada presentada del modo equivocado a la gente equivocada». Según Hill, todo el debate alrededor de las *smart cities* aún no ha sido capaz de responder a algo tan sencillo como cuál será el impacto que la adopción de las tecnologías por parte de las ciudades tendrá en el día a día de las personas que viven en ellas.

Esta es una de las ideas que The Guardian recogía en un artículo¹⁴⁵ en el que se exponían los peligros que las ciuda-

¹⁴⁵ <https://bit.ly/2crHhZK>

des inteligentes podrían tener para el futuro de la democracia. Sensores que permiten un control excesivo sobre la ciudadanía, políticos que toman decisiones amparándose en *lo que dicen los datos* y que, por tanto, rehúyen su responsabilidad, o grandes firmas tecnológicas diseñando las mejores soluciones para las ciudades al margen de sus habitantes, entidades sociales y Gobiernos, serían algunos ejemplos.

Esta visión crítica tiene cierto recorrido. Ya en 2013, Adam Greenfield, autor del libro *Against the Smart Cities*, apuntaba que la idea de ciudad inteligente había sido desarrollada e imaginada casi íntegramente por empresas privadas. Esto no solo es indicativo de los intereses económicos que se mueven detrás de estas innovaciones tecnológicas, sino de lo desconectadas que pueden llegar a estar de los retos a los que realmente se enfrentan hoy las ciudades. Un diseño idílico y que ofrece soluciones genéricas a problemas complejos y muy específicos, como alertaba el geógrafo y urbanista Jordi Borja.

El resultado de este debate crítico es que cada vez más voces, y desde diferentes sectores, cuestionan el concepto exclusivamente tecnológico de las ciudades inteligentes y sus retornos en términos de eficacia económica (al mejorar la gestión de la ciudad) y, también, en términos de gober-

nanza ciudadana. Es cierto que la coyuntura de crisis económica no ha ayudado. Pero el principal motivo es que el concepto despierta dudas y recelos diversos en una parte muy significativa de la ciudadanía.

Parece obvio que focalizar la visión de futuro de las ciudades alrededor de la eficiencia no es suficiente. Las respuestas a muchas de las demandas ciudadanas se pueden obtener a partir de la tecnología, pero no pueden ser solo tecnológicas. De hecho, cada vez existen más dudas respecto a que el concepto de ciudad inteligente deba estar únicamente vinculado a las innovaciones en este plano. Un ejemplo es Peterborough, ciudad premiada con el Smart City Award 2015¹⁴⁶. Esta localidad inglesa puso en marcha su proyecto Peterborough DNA con el objetivo de avanzar hacia el concepto de *smart city*, pero poniendo a las personas en el centro de la propuesta. No perseguía introducir nuevas tecnologías, sino descubrir cuáles eran las demandas y las soluciones propuestas por los ciudadanos. Esto se ha traducido en distintas iniciativas muy concretas, como la que pretende convertir a Peterborough en la primera ciudad con una economía 100 % circular del Reino Unido.

¹⁴⁶ <https://bit.ly/1WDh4rA>

Una aproximación similar la encontramos en Tel-Aviv. En esta ciudad israelí, que ganó el premio a la mejor Smart City en 2014, también defienden que adoptar el modelo de ciudad inteligente no es sinónimo de invertir en las últimas tecnologías¹⁴⁷. El objetivo no es diseñar entornos urbanos perfectamente ordenados y predecibles, sino aprovechar la tecnología para adaptarse a la complejidad, la imprevisibilidad y el flujo constante que se produce en ellos. ¿Se trata de tecnificar la ciudad, o politizarla (en el sentido de construcción de bien y espacio público y cívico)?

Estamos ante un cambio de planteamiento que pretende aprovechar las virtudes de la tecnología para resolver problemas sociales. No imagina la ciudad como un sistema que debe ser automatizado y controlado, sino como un ecosistema diverso e incontrolable del que debemos estar aprendiendo constantemente, y al que es necesario adaptarse. Ciudades que evolucionan, se transforman, y que, hasta cierto punto, son impredecibles. Ciudades humanas que necesitan tecnología adaptada a sus necesidades.

Parece evidente que, sin la complicidad de la ciudadanía, el desarrollo de las ciudades inteligentes es más que improbable. Como apuntaba el propio Hill, «las ciudades

¹⁴⁷ <https://bit.ly/1Jenn2n>

inteligentes serán aceptables en la medida en que sigan un enfoque de abajo a arriba, dirigido por los ciudadanos». Por ello, es fundamental facilitar y promover el acceso a herramientas y mecanismos que permitan el codiseño de las ciudades; no solo otorgar a los habitantes un rol pasivo como usuarios de las tecnologías, sino aprovechar su condición de ciudadanos inteligentes e involucrarles en un proceso compartido.

La manera como imaginamos la ciudad inteligente es, en realidad, otra forma más de proyectar cómo imaginamos la sociedad. Es necesario seguir progresando en la definición de estas ciudades humanas. ¿Y si avanzamos de la *smart city* a la *human city*?

Publicado en Planeta Futuro (El País), 14 de abril de 2016

Ciudades inteligentes: mapas, datos y Smart Citizens

Las ciudades ya no son solo un territorio, un espacio delimitado, definido por sus límites administrativos. Ya no podemos gobernar únicamente con mapas, hay que ver todas las capas de la realidad si esta se quiere transformar. Las capas de relaciones, flujos, datos, vínculos y causalidades que la actividad de las personas —y su dinámica com-

posición organizativa— generan. Las Administraciones locales y metropolitanas ya no pueden limitarse a su actuación sobre la dimensión física, si desean gobernar el bien común y ampliar el *espacio* de lo público. Un mundo de regulaciones (del tráfico o del suelo, por ejemplo) es imprescindible, pero no suficiente para embridar el desarrollo autónomo de la actividad humana, que tiende siempre al desorden que hipoteca el futuro o divide el presente de los más desfavorecidos. Necesitamos una concepción nueva que entienda que las grandes oportunidades para generar más ciudad (sostenible), pasan por ampliar y promover más ciudadanía. Una ciudad que no se piensa solo desde su código postal, sino desde su código digital. La ciudad debajo de los adoquines.

Pocas veces los procesos de transformación de las ciudades habían sido tan evidentes como ahora. El crecimiento constante, el consumo energético y de recursos, o el aumento de las desigualdades urbanas son fenómenos que se han acentuado durante el inicio de este siglo. Este ha sido en parte el pretexto con el que se ha redactado un documento en el que ponernos todos de acuerdo, un nuevo instrumento, como es la Nueva Agenda Urbana que surgió en Hábitat III. Un texto que busca poner el foco en la necesidad de una urbanización sostenible e igualitaria y

en el que quizá echamos de menos un posicionamiento algo menos acrítico con el desarrollo de la ciudad inteligente¹⁴⁸.

La conferencia de Naciones Unidas dibujó un camino, aunque no es el único¹⁴⁹. Existen visiones alternativas que plantean la ciudad más como un proceso que como un modelo a seguir. Son visiones que tratan de actuar sobre todos los aspectos urbanos: desarrollo económico, desigualdades, espacio público, participación y, sí, también la forma como imaginamos las ciudades inteligentes¹⁵⁰.

Es necesario detenerse y pensar cómo las ciudades van a seguir integrando todas las soluciones tecnológicas que se nos han presentado como los elementos esenciales de las *Smart Cities*. Quizá lo primero debería ser reconocer que el entusiasmo inicial por la utopía tecnológica no ha traído los éxitos esperados. Después de años de argumentario centrado en las herramientas y sus resultados, el recibimiento ha sido más bien tibio por parte la ciudadanía, cuando no un rechazo frontal. También es cierto que algunos experimentos, como el de la ciudad coreana de Songdo, que tenía que ser la primera gran ciudad inteligente y

¹⁴⁸ <https://bit.ly/2CBWLK6>

¹⁴⁹ <https://bit.ly/2yZIDYF>

¹⁵⁰ <https://bit.ly/2z3whxU>

ha terminado por convertirse en un dolor de cabeza para los gestores públicos¹⁵¹, no han ayudado. Ahora sabemos que la utopía no solo contiene errores, también es cara e inviable, incluso para ciudades como San Francisco¹⁵².

Todavía estamos en la fase de reflexión y diseño de lo que serán las ciudades inteligentes. Y el planteamiento tecnológico ha dominado, pero no se ha impuesto. A día de hoy, es evidente que la ciudadanía y ciertos sectores políticos no están dispuestos a dejar que las grandes corporaciones sean las únicas con voz y altavoz en este debate. Si el modelo de ciudad dominante en las últimas décadas está transformándose, persiguiendo como ideal una urbe más democrática, parece razonable pensar que su relación con los dispositivos de la sociedad del conocimiento y su materia prima, los datos, también forme parte de este proceso de cambio.

Relacionar la implantación de las soluciones tecnológicas con el hecho de que una ciudad sea o no inteligente no fue un buen punto de partida. La etiqueta '*Smart*' ha querido dar un nuevo sentido —quizá un nuevo impulso— a una relación de simbiosis, la de la urbe con la tecnología, que carece de todos los atributos que hoy más valora la

¹⁵¹ <https://bit.ly/2yvwSc2>

¹⁵² <https://tcrn.ch/2Aq0wkl>

ciudadanía: sentido de lo colectivo, transparencia, colaboración. Al contrario, el rol de los ciudadanos hasta ahora se ha limitado al de proveedores de información y de simples usuarios de servicios de todo tipo. Una imagen de ciudad muy inteligente pero poco humana.

En este sentido, el debate que se produce estos días en el Smart City Expo World Congress en Barcelona es una buena oportunidad para enfocarnos de nuevo. Ahora que hemos recuperado el Derecho a la Ciudad de Henri Lefevre como un elemento central del desarrollo urbano¹⁵³, es necesario situar la reflexión en estos términos. Hablemos más de ciudades conectadas, de realidades urbanas complejas, de herramientas que se adaptan a las nuevas formas de participación (y no al revés), de ciudadanos productores y gestores de su rastro digital, de propiedades compartidas de los datos que generamos, del reto de la brecha digital, de soberanías tecnológicas.

En definitiva, hablemos más de ciudadanía conectada o lo que algunos han empezado a denominar como *Smart Citizens*.

Publicado en Planeta Futuro (El País), 16 de noviembre de 2016

¹⁵³ <https://bit.ly/2Rhrn7Z>

Tecnología cívica para los desafíos urbanos

Las grandes tecnológicas han revolucionado la agenda urbana. En cualquier gran ciudad del mundo se pueden identificar los efectos producidos por esta ola digital, hasta el punto de que ya no son temas ajenos a la opinión pública. La disrupción ha llegado a los entornos urbanos, después a la opinión pública y, finalmente, a los legisladores. Hoy ya no hay ninguna duda acerca de que las *big tech* están condicionando el diseño y la implementación de las políticas urbanas.

Cualquier análisis sobre el acceso a la vivienda¹⁵⁴ o el modelo turístico no se puede desvincular de la generalización de plataformas digitales de alquiler de alojamientos. El estudio para la mejora de la movilidad debe tener en cuenta cómo nuevos formatos de transporte están afectando al tránsito¹⁵⁵. Las políticas para afrontar la desigualdad urbana deben conocer el papel del sector tecnológico¹⁵⁶ y el cambio de modelo productivo de la transformación digital. Y, también, las estrategias de promoción económica¹⁵⁷ estarán condicionadas por la relación que las ciudades pretendan establecer con los nuevos gigantes de la economía global.

¹⁵⁴ <https://bit.ly/2NI4491>

¹⁵⁵ <https://bit.ly/2mLBaWu>

¹⁵⁶ <https://bit.ly/2oJ9lwm>

¹⁵⁷ <https://bit.ly/2MNoQ2U>

Estos son solo los primeros síntomas de un fenómeno que acaba de arrancar. El despliegue de estas grandes tecnológicas en las ciudades donde operan no es casual, ni improvisado. También tiene su propia agenda¹⁵⁸. Los entornos urbanos son los escenarios idóneos para probar nuevas tecnologías¹⁵⁹ —incluso condicionando la trama urbana desde el origen¹⁶⁰—, para instalar sedes con proyección global¹⁶¹ y, obviamente, un gran mercado en el que seguir creciendo¹⁶².

Ante esta situación, hemos visto cómo los gobiernos locales alrededor del mundo reaccionaban para paliar los efectos de este aterrizaje tecnológico. Por un lado, aplicando políticas de contención para ganar tiempo y para tratar de poner orden a aspectos de la vida urbana que se habían descontrolado; y, por otro, iniciando contramedidas, como las iniciativas a favor de la soberanía digital, o abriendo debates sobre los peligros de una ciudad demasiado inteligente¹⁶³.

Pero no nos engañemos, pasada esta toma de contacto, el choque irá a más. Y, para afrontarlo con garantías, las

¹⁵⁸ <https://bit.ly/2unopWv>

¹⁵⁹ <https://bit.ly/2LlZzvO>

¹⁶⁰ <https://bit.ly/2F8E7c7>

¹⁶¹ <https://bit.ly/2RhrMHx>

¹⁶² <https://nyti.ms/2tuJTIX>

¹⁶³ <https://bit.ly/2ywYzBk>

ciudades no necesitarán una estrategia de resistencia, necesitarán un modelo. Tener un criterio propio que les sirva como guía de actuación para mejorar y profundizar en la gobernabilidad, a la vez que se adaptan a la transformación digital de la sociedad. Sin confrontación, ni sumisión. Una agenda propia que sea compartida y que se integre en el nuevo relato urbano que está emergiendo¹⁶⁴.

Las tecnológicas también deberían estar tomando nota de las resistencias que encuentran. Las grandes áreas metropolitanas no son ni espacios caóticos que hay que ordenar, ni mercados por explotar. Esta visión no funcionará en los entornos urbanos. Actuar así es el mejor incentivo para que sigan apareciendo nuevos límites regulatorios y para que los problemas de imagen ante la opinión pública vayan a más.

El reto es el empoderamiento efectivo de la ciudadanía¹⁶⁵. El futuro de las ciudades no reside solo en su capacidad de integrar la tecnología, sino también en su voluntad de fomentar e incrementar las interacciones sociales y el protagonismo ciudadano¹⁶⁶. En otras palabras, de promover la emergencia de los ciudadanos inteligentes a través de

¹⁶⁴ <https://bit.ly/2z4Khcc>

¹⁶⁵ <https://bit.ly/2QGfUPE>

¹⁶⁶ <https://bit.ly/2yvZbqK>

la tecnología cívica. La *civic tech*¹⁶⁷ no tiene otro objetivo que adaptar la herramienta a un propósito que está —o debe estar— por encima de ella: la mejora de la gobernanza.

Quizá esto debería plantearse al inicio de nuestra reflexión. En la era de la obsesión por la innovación es preciso detenerse y recordar lo obvio: los cambios sociales no los genera la tecnología, sino las ideas¹⁶⁸. Este es el orden correcto. No es el último avance técnico el que moldea la realidad, sino que lo hacen las nuevas corrientes de pensamiento. Y en cualquier caso, la tecnología se puede adaptar a estos movimientos de fondo¹⁶⁹, convirtiéndose en una herramienta fundamental, en un medio.

En un momento de replanteamiento profundo sobre la ciudad inteligente, este podría ser un buen punto de partida para todos los actores implicados. Un modelo compartido y consensuado para gobiernos locales y metropolitanos, una línea estratégica para el sector tecnológico y un objetivo de mínimos para la ciudadanía. Sin ello, será muy complicado que podamos afrontar todos los problemas que ya forman parte del presente y futuro de la agenda urbana.

¹⁶⁷ <https://bit.ly/2OKhim3>

¹⁶⁸ <https://bit.ly/2OOZLcJ>

¹⁶⁹ <https://bit.ly/2KU6XTD>

Seattle y la ‘bomba de prosperidad’ de Amazon

En Seattle, si eres millennial, probablemente no puedas permitirte vivir en el centro de la ciudad¹⁷⁰. Este problema de acceso a la vivienda, consecuencia de un aumento sostenido de los precios del alquiler, es uno más de los efectos que sus habitantes vinculan con el hecho de acoger la sede de Amazon¹⁷¹. El gigante tecnológico ha generado empleo, ha atraído talento y ha posicionado la ciudad como un hub tecnológico; pero, a su vez, ha contribuido a generar una crisis inmobiliaria de difícil solución. Es lo que algunos analistas denominan como una ‘bomba de prosperidad’¹⁷².

Una de las consecuencias de esta situación es que Seattle se ha convertido en la tercera ciudad de Estados Unidos con más personas sin techo. Ante este escenario, el Gobierno local planteó en marzo de este año una serie de medidas entre las que se encontraba la implantación de una tasa dirigida a las grandes empresas de la ciudad (entre ellas, las tecnológicas). La decisión no gustó a un sector acostumbrado a un trato preferencial¹⁷³. Por ello, puso en marcha un intenso programa de lobby¹⁷⁴, con el objetivo de intervenir en el debate público y forzar un cambio en la deci-

¹⁷⁰ <https://politi.co/2KgR5Xe>

¹⁷¹ <https://bit.ly/2L4aM4v>

¹⁷² <https://bit.ly/2wOv8ba>

¹⁷³ <https://bit.ly/2MJH70Z>

¹⁷⁴ <https://bit.ly/2NZONwu>

sión del Gobierno. La estrategia ha funcionado¹⁷⁵. El pasado 12 de junio Jenny Durkhan, alcaldesa de la ciudad, anunciaba la retirada de la propuesta.

El resultado de esta pugna se puede entender como un aviso a navegantes¹⁷⁶. Las grandes tecnológicas tienen su propia agenda y enfrentarse a ellas conlleva un coste difícilmente asumible por los gobiernos locales. Las ciudades sufren los efectos del éxito de estas compañías pero no son capaces de hacer que estas les ayuden a luchar contra sus propias externalidades negativas. Lo cierto es que Amazon nunca tuvo la intención de colaborar¹⁷⁷ en mitigar el ‘stress’ que su crecimiento había generado en el mercado de la vivienda de Seattle. Es una constante de los gigantes de Silicon Valley: anuncian grandes remedios a retos globales, pero no quieren lidiar¹⁷⁸ con los problemas que tienen en su patio trasero.

La explicación a este comportamiento tiene raíces culturales —en el futuro deberemos analizar con minuciosidad la socialización política de los gurús del Valley¹⁷⁹—, pero también de modelo de negocio. Su despliegue en las ciudades¹⁸⁰

¹⁷⁵ <https://bit.ly/2SiEebl>

¹⁷⁶ <https://bit.ly/2K2xt8b>

¹⁷⁷ <https://bit.ly/2R8CDTV>

¹⁷⁸ <https://on.ft.com/2kh0KEV>

¹⁷⁹ <https://bit.ly/2NDgs6I>

¹⁸⁰ <https://nyti.ms/2tuJTix>

ha sido el mismo que han seguido con sus productos y servicios. Actuar primero, preocuparse por las consecuencias después. Las high-tech se hicieron un sitio ofreciendo dinero, empleos de calidad e incluso prometiendo el sueño de una ciudad creada desde cero¹⁸¹. A cambio, han ido adquiriendo la capacidad de dictar el futuro de las ciudades sin que las instituciones puedan hacer mucho al respecto.

Existen consecuencias indirectas, como la ‘bomba de prosperidad’ de Amazon en Seattle, y otras que responden directamente a su estrategia de negocio. Como apunta Richard Florida¹⁸², «cuando pensamos en las high-tech nos vienen a la cabeza la Inteligencia Artificial (IA) o las criptomonedas, pero lo cierto es que las ciudades y el urbanismo son el nuevo gran sector tecnológico, el ‘Urban Tech’». Un sector que va más allá de los gigantes tecnológicos —Google, Amazon, Facebook, Apple—. Pensemos en empresas como Uber o Airbnb. Los protagonistas de la gig economy¹⁸³, cada vez más presentes en nuestras vidas, están creando problemas de movilidad¹⁸⁴ encareciendo el precio de la vivienda¹⁸⁵ en ciudades de todo el mundo. Las tecnológicas generan externalidades negativas, directa o

¹⁸¹ <https://nyti.ms/2opQMjC>

¹⁸² <https://bit.ly/2unopWv>

¹⁸³ <https://bit.ly/2OJntL2>

¹⁸⁴ <https://bit.ly/2mLbaWu>

¹⁸⁵ <https://bit.ly/2Gb4qyS>

indirectamente, y en general se muestran recelosas de participar en la solución de estas.

Pero el análisis no sería completo si no destacamos también sus efectos positivos. La revitalización del sistema productivo, la creación de empleo o el posicionamiento global son algunos de ellos. El problema es que ahora empezamos a tener datos que sugieren que muchos de estos beneficios no solo no repercuten en la ciudad en su conjunto¹⁸⁶, sino que tienden a quedarse dentro de la comunidad techie.

Un ejemplo es su efecto en los salarios. Un estudio reciente¹⁸⁷ señala que un mayor número de empleos tecnológicos no implica un aumento en los salarios de los trabajadores de otros sectores. Así, una subida del 10% en los empleos de alta tecnología supondría un 0,1% de aumento en salarios para trabajadores menos cualificados de otros ámbitos. Esta ‘burbuja de salarios’ debería ser tenida en cuenta por las ciudades, si no quieren ver cómo su éxito en el sector tecnológico implica un aumento de la desigualdad¹⁸⁸.

La relación entre ciudades y grandes tecnológicas ya está condicionando la agenda urbana. También los medios

¹⁸⁶ <https://nyti.ms/2LpNMk9>

¹⁸⁷ <https://bit.ly/2EJiCC2>

¹⁸⁸ <https://bit.ly/2oJ9lwm>

empiezan a analizar esta relación. The Guardian publicó hace un mes el especial Big tech, desperate cities¹⁸⁹, en el que se preguntaba si los esfuerzos de las ciudades estadounidenses por atraer empresas tecnológicas, esfuerzos que se concretan en beneficios fiscales de todo tipo, están siendo beneficiosos para ellas. No hay una respuesta clara a esta pregunta. Lo que sí podemos afirmar es que estamos ante un pulso político que impacta directamente en la vida de millones de personas. Y que Seattle debería servir como un primer ejemplo para observar quiénes se están imponiendo, de momento, en este pulso.

Edgar Rovira, consultor de ideograma.

Publicado en tecnopolítica.org, 1 de agosto de 2018

¹⁸⁹ <https://bit.ly/2KxSahg>

Epílogo

Un relato para la nueva realidad urbana

Cada ciudad experimenta en sus límites geográficos todas las consecuencias, positivas y negativas, de las transformaciones económicas y sociales que estamos viviendo. Así, no es extraño ver entornos económicos, culturales y educativos dinámicos a pocos kilómetros, cuando no colindantes, de barrios donde la seña de identidad es la desigualdad, la dificultad de acceso a la vivienda y, en muchos casos, la cronificación de la pobreza. Hoy sabemos que estos desequilibrios se han enquistado de tal forma que se han convertido en la mayor amenaza para el desarrollo de las ciudades.

Esta descripción de la realidad urbana actual puede parecer una obviedad. Al fin y al cabo, las grandes ciudades siempre han tenido que lidiar con realidades dispares. Pero

lo que resulta novedoso, o al menos lo que hasta ahora había pasado por alto a los urbanistas, es cómo estas desigualdades han ido creando una brecha cada vez más importante¹⁹⁰, especialmente en aquellas urbes consideradas ciudades de éxito global. La distancia entre las distintas zonas se ha agrandado de tal forma que su gestión se ha convertido en la preocupación número uno de los gestores urbanos.

Esto es en parte lo que ha venido a explicar Richard Florida en su último libro *La Nueva Crisis Urbana*¹⁹¹. Años después de hablarnos de las clases creativas, Florida describe los efectos adversos¹⁹² que crearía el éxito global de las grandes ciudades. Estos efectos se resumirían en la paradoja de que cada vez más gente emigra a las ciudades en busca de un futuro, pero a estas cada vez les resulta más complicado convertir su crecimiento en bienestar. Las ciudades producen crecimiento económico, pero son incapaces de compartir sus beneficios.

Uno de los ejemplos más ilustrativos de esta situación es el de ciudades norteamericanas revitalizadas por el fenómeno start-up y los gigantes tecnológicos. Áreas metropo-

¹⁹⁰ <https://bit.ly/2zdnAnT>

¹⁹¹ <https://bit.ly/2yYIdmr>

¹⁹² <https://nyti.ms/2Cz26Sx>

litanas que antaño habían quedado estancadas, como por ejemplo San Francisco o Seattle, se han convertido en ciudades globales gracias al empuje de las grandes empresas tecnológicas. Pero por el camino este proceso ha generado externalidades negativas como el aumento desorbitado del precio de la vivienda y la expulsión de bolsas de vecinos en zonas de la ciudad. Se han creado paraísos urbanos que quedan fuera del alcance de la mayoría¹⁹³.

De la misma forma que con los retos medioambientales, la solución al problema de la desigualdad global pasa ante todo por la capacidad de reacción de las ciudades. La presión sobre los gobiernos locales va en aumento. Pero, aunque es evidente que estamos ante un desafío relacionado con la gestión y con las políticas que se desarrollan desde el ámbito metropolitano, no podemos olvidar que se trata también de un problema de relato.

La agenda política urbana empieza a estar condicionada por palabras como *'segregación'* o *'gentrificación'*, así como por otros términos que ponen en tensión las narrativas de las ciudades. No es un asunto menor. Hasta hace pocos años, estábamos acostumbrados a ver ciudades que construían una historia de sí mismas relacionada con sus atrac-

¹⁹³ <https://bit.ly/2rxBkBL>

tivos económicos, turísticos o culturales. Ahora también este aspecto está cambiando. Más allá de las formas tradicionales de promoción y de construcción de la marca ciudad, los gobiernos locales se están dando cuenta de que es necesario reconstruir la manera en la que se explican.

Se trata de un cambio de enfoque muy relevante que va en la línea de cómo se está repensando la ciudad democrática. Es por ello que el elemento central de estas nuevas narrativas pasa a ser la perspectiva de la ciudadanía. Se trata de hablar de la ciudad que viven, que transitan y que, en última instancia, hacen los ciudadanos. Etiquetas como participar, colaborar, compartir son los ejes sobre los que se sustenta todo este nuevo relato.

El objetivo no es otro que el de alinearse con las políticas que deben ayudar en la reconstrucción de la trama urbana. Se trata de aportar coherencia entre la acción política y el discurso institucional. Y es que, si desde el ámbito de la gestión se está trabajando para que la política sea cada vez más participada, no tiene sentido que la comunicación genere resistencias. La necesidad de que el relato acompañe el proceso de transformación urbana es real, y los gobiernos locales harían bien en situarlo en el centro de sus prioridades.

«Nos asomamos, como afirma François Ascher, a la tercera revolución urbana y a ciudades que cambian de escala y forma, que se recomponen socialmente, que gestionan riesgos poliédricos y que redefinen las relaciones entre intereses individuales, colectivos y generales. Ciudades que se exponen a un “neourbanismo” del siglo XXI que se gobierna desde un sistema de dispositivos en los que el tsunami de los datos puede favorecer un impacto disruptivo de cambio si se pone al servicio de políticas públicas que alineen, como apunta Gutiérrez-Rubí, los nuevos horizontes tecnológicos con los de la sostenibilidad futura a escala local y global.»

José María Lassalle
(del prólogo «Geociudadanía urbana»)

Ensayista y exsecretario de Estado para la Agenda Digital de España